

Náufragos

cuentos y otros pecios



Miguel Aguilar Aguilar

Lectulandia

Dieciocho textos en los que el autor nos muestra unos personajes perdidos, acabados y a la deriva en lo cotidiano. Una mujer en manos de un sádico, un hombre que juega a ser el malo en una ciudad desconocida, unos jóvenes sin rumbo ni meta, una carta olvidada que cambia vidas, un culo que indica por dónde se debe ir.

Dieciocho textos que juegan con las palabras y la literatura creando sensaciones encontradas en un lector cómplice.

Lectulandia

Miguel Aguilar Aguilar

Náufragos

cuentos y otros pecios

ePUB v1.0

Mezki 16.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Náufragos*
Miguel Aguilar Aguilar, 01-08-2012.

Editor original: Mezki (v1.0)
ePub base v2.0

*Para mis padres, para Loli
sin ellos nada sería posible*

Amphitryon

En 2046, la empresa Abyss Creations logró el primer androide autónomo de apariencia totalmente humana. El desarrollo de la inteligencia artificial, junto con la nanoelectrónica, hizo de ellos los acompañantes sexuales perfectos. Fueron llamados *RealDoll, a RealLife*. Poco tiempo después, el ingeniero jefe Dr. Lazlo, se encargó del proyecto Amphitryon.

Por la mañana el cielo es azul cobalto, huele a algodón de azúcar y hay una brisa de alas de mariposas. Me maquillo sin prisas, me apetece salir a pasear, a disfrutar del mundo que me regalan. Me visto con el pantalón verde-mar que me compró Viktor, arriba sólo el top azul que tanto le gusta. Salgo a la calle y ando sin rumbo, agradeciendo el sol en la piel, me paro en los puestos de fruta para olerlas, giro en cada esquina, saludo a todos los perros que encuentro, sonrío en los escaparates a la mujer que se refleja. Cuando llego a la avenida arbolada y llena de cafés y tiendas de joyerías, me dan ganas de volar, si pudiera me elevaría sobre el tráfico y llegaría hasta la torre para revolotear con un pañuelo al cuello. En el suelo una paloma picotea desconcertada el alquitrán. Cruzo por el paso de cebra e improviso unos pasos de baile. Estoy feliz. El golpe supongo que es el coche que me atropella, pero también puede ser una descarga eléctrica.

—Viktor, anoche tuve otra vez ese extraño sueño.

—Sabes que eso es imposible.

El hombre sorbe una taza de café caliente y la mira de soslayo. Ella permanece en el vano de la puerta, simula un gesto pensativo y continúa.

—No es lógico, pero es la única manera en que puedo definirlo —le mira a los ojos y ladea la cabeza—. Mientras permanecía en hibernación me asaltaron una serie de imágenes y sensaciones caóticas en el tiempo, a modo de recuerdos sin control.

Viktor deja la taza en el fregadero y se ajusta la corbata. Se le acerca y la coge del hombro.

—Ella, en Abyss sabemos que es imposible que sueñes, no estás programada. Me pidieron que te llevara a las oficinas, piensan que puede ser una anomalía. Ya sabes lo que eso significa.

—Sí.

—No me gustaría perderte, aunque me dieran otro modelo igual, ya nos hemos acostumbrados el uno al otro, ¿no?

—Sí.

—Olvídalo entonces, ¿vale? —Viktor coge un maletín y se va de la casa sin decir nada más. Ella se asoma por la ventana, le ve alejarse y desaparecer por la boca del metro. Cuando se sabe sola, comienza el programa de ahorro de energía. Se va a su habitáculo y conecta los sensores de alarma. Cierra los ojos y pasa al modo hibernación. En el último momento, deseó volver a soñar.

Los médicos revolotean a mi alrededor como cuervos blancos. Estoy tumbada. En sus manos llevan alicates, cables y tarjetas. No son médicos, son ingenieros. Extraños ingenieros silenciosos como extraños cuervos blancos. Quiero hablar pero no puedo, mis músculos no responden, es como si no tuviera. Veo el anagrama que lleva uno en la bata: un círculo rojo con las iniciales RD en el interior. No me dice nada, será la clínica a la que me han llevado. El del anagrama se acerca mucho a mi cara, le huele el aliento a sarcófago, aléjate. Se afana en conectar cables y sensores a mi cabeza. Intento mover mis brazos, pero debo estar atada; pataleo sin resultado, como si no tuviera músculos. Siento un fuego en el estómago, un fuego frío, como si una bola de algodón empapada en alcohol prendiera de improviso. Debe ser miedo. Quiero gritar, pero los pulmones atrofiados no responden.

Se abre una puerta y entra otra camilla: traen a otra mujer desnuda sobre la blanca informe de una sábana. La colocan a mi lado, intuyo que le están conectando la misma maraña de cables que a mí. Me giran la cabeza y puedo ver su rostro. No tiene ni una brizna de pelo y tiene ojos de carbón y tiza, dibujados sobre una piel perfecta y limpia. Ojos muertos, sin brillo ni ilusiones. Su nariz, su boca, me recuerdan el reflejo satírico de un espejo de feria.

Zumbidos, vibraciones, luz, murmullos, agitación: pasan cosas a nuestro alrededor. Me quedo sin aire, ingrávida, sin miedo, indiferente.

Me viene a la cabeza un pensamiento extraño, lo digo en voz alta: el hombre se sorprende, cuando pasa por delante de un espejo, de poseer un rostro y de que ese rostro sea precisamente el suyo. Hay revuelo a mi alrededor. Les ha sorprendido que hable, a mí también me ha sorprendido. Oigo a Viktor:

—Traspaso de gnosis completa, reinicia el Amphitryon o entrará en shock.

—Buenas tardes, Viktor.

—Hola, Ella.

—¿Qué tal la jornada de trabajo? —Viktor refunfuña como respuesta, tira el maletín en una silla y se quita la chaqueta. Ella le ayuda a desvestirse, al quitarle la camisa le acaricia el pecho suavemente.

—Ahora no, querida. Quizás más tarde, ya te avisaré. Por el momento quiero charlar mientras ceno.

Ella se lleva las prendas al dormitorio. Cuando vuelve él está en ropa interior, sentado frente al monitor de noticias, lo mira sin audio, delante tiene unos paquetes de comida china. Picotea maquinalmente de ellos.

—He vuelto a soñar.

Viktor le mira por un momento, vuelve a comer.

—No empieces otra vez, Ella. Es imposible que tu cerebro sueñe.

—Ya lo sé, Viktor, he repasado el archivo de instrucciones y mantenimiento y sé que es imposible. Sin embargo he vuelto a soñar, no sé definirlo de otro modo, deja que lo llame así: soñar. Esta vez creo que tenía lugar en el taller de Abyss Creations mientras me ensamblaban.

Viktor suelta el tenedor y la mira desconcertado. Unas gotas de sudor responden a su turbación.

—¿No podría ser un recuerdo remanente? Al terminar la carga de personalidad se formatea la memoria para que nadie tenga acceso al proceso de montaje. Eso lo sabes bien.

—Lo había pensado, Viktor. Lo extraño es que justo antes de que me instalaran en el cuerpo, yo estaba en otro.

—¿Otro RealDoll?

—No, otro cuerpo... humano.

Viktor golpeó la mesa con las dos manos, se puso de pie y fue dirección al baño. Ella apenas se inmutó con el golpe, sin embargo se calló y tomó una actitud sumisa.

—Si sigues diciendo tonterías te llevo para que te formateen, no me tientes. Voy a ducharme, recoge la mesa y espérame en la cama. ¡Y no quiero volver a oír nada sobre este tema de nuevo!

Yo soy yo. Mis huesos son de acero inoxidable, mis músculos son bombas hidráulicas, mi carne y mi piel de látex y silicona, mi cerebro un potente nano procesador. Mis pensamientos son ceros y unos. Después del sexo me lavo para evitar malos olores, pero no siento el agua. Me enjabono la vagina con un gel que no sé a qué huele, me froto con el cepillo cilíndrico y no sé si es suave o duro. Pero puedo discernir la música del ruido, y un cuadro del verdadero arte. Eso no son ceros y unos, eso soy yo.

Vivo con Viktor y noto cierto cariño, pero ya no hay amor. Recuerdo cuando sus besos conseguían despertar las mariposas de mi estómago, en la época en que tenía. Cuando nuestros sentidos se mareaban de tanto amor.

Estoy prisionera en este cuerpo inmortal.

Quizás siga soñando, quizás sólo sea un error en la bios, que este yo no exista y sólo sea un virus informático.

Viktor duerme inquieto. Parece que sabe algo que no quiere decirme. Y una duda,

como una marea de magma solidificándose, va consiguiendo que me separe de él.
¿Por qué me hiciste esto?

Aquel verano

Aquel verano, a pesar de la ola de calor, las hormigas se afanaban incansables. Le tirábamos miguitas de pan por la mesa y nos pasábamos un par de horas mirándolas embobados mientras hacíamos la digestión. Había una que se escaqueaba y se sentaba en el filo de la mesa balanceando las patas. Esa era nuestra preferida. No siempre lo hacía, era como si a veces simplemente le apeteciera sentarse a mirar el mar en vez de dar carreras. De vez en cuando una trabajadora, con su trozo de corteza a cuestas y una gota de sudor brillante insinuada en la antena, se le acercaba y se agitaba a su lado. Nos imaginábamos cómo le gritaba que volviera a la fila, o cómo le avisaba que tuviera cuidado porque se acercaba el capataz, o le preguntaba irónica si había visto ya la ballena, o algo por el estilo. Pero ella, la indolente, giraba la cabeza con lo que debía ser una caída de antenas soñadora, dejaba que el torso se inflara un poco antes de suspirar y volvía a mirar al mar.

Joselito y yo nos mirábamos y sonreíamos. No queríamos hablar, como si presenciáramos algún encantamiento y fuera a romperse si decíamos algo. Igual que el día en el que, medio dormidos después de comer, vimos una ballena resoplar frente a la costa, dejando una nube de pequeñas luces flotando bajo el sol. Luego, camino a la playa, comentábamos lo que habíamos visto y lo que se debían decir las hormigas. Intentábamos poner en sonidos audibles su lenguaje. Joselito decía que tenía que ser como un zumbido metálico, algo así como el rumor constante y férreo del ordenador. Yo argumentaba que su lenguaje era más bien como un silbar de flautas, como en los ensayos del colegio antes de navidad en los que cada uno decía su frase pero sólo se oía un alboroto informe. En eso no nos poníamos de acuerdo. Sin embargo en todo lo demás pensábamos igual. Magines mono neuronales, nos llamaba el tío Miguel, y sin saber qué significaba nos reíamos y nos mirábamos cómplices. Los demás se burlaban de nosotros si nos oían hablar de la hormiga contemplativa, de la ballena que escupía luciérnagas o de los tritones negros que llegaban de noche a la playa. Por eso cada vez hablábamos menos y Joselito amenazaba entre dientes con escaparse lejos de allí.

Aquel verano fue cayendo derretido por el calor, y nosotros seguimos pasando las sobremesas echando miguitas de magdalena a las hormigas y nadando hasta el agotamiento en la playa por las tardes. Los días eran más aburridos si la soñadora no venía a sentarse en el filo de la mesa. Joselito se dedicaba a quemar el envoltorio de los dulces con el mechero de mamá y bombardeaba la fila de hormigas. Nos reíamos un montón cuando el plástico derretido les salpicaba las patas y andaban dando saltitos, pero yo tenía debilidad por nuestra preferida cuando contemplaba el mar. Si alguna hormiga quedaba plastificada yo regañaba a Joselito, ¿y si era ella? Qué va, estará escaqueada en el hormiguero. Entonces yo me fijaba bien y no, no era ella, no

tenía los hombros caídos bajo un peso invisible.

Algunas tardes parecía más alegre y nos miraba divertida. Sabía algo que nosotros desconocíamos. Por más que mirábamos al mar, intentando seguir su mirada, no descubríamos nada. Ella parecía saludar a alguien a lo lejos con los brazos, los levantaba y bajaba estirados a los lados, como en una tabla de gimnasia, arriba y abajo. Se insinuaba una sonrisa en su rostro de hierro fundido y sus antenas parecían decir ya veréis, ya veréis. Joselito decía que no, que esa hormiga estaba loca y tan sólo se estaba ganando una colleja de la reina. Yo le decía que la reina no daba collejas, sino diplomas, como el de bachiller que le dieron al primo Luismi el verano anterior, que venía firmado por el rey. Ya se fue a la universidad, quillo, ya mismo me iré yo. Y miraba al mar con la mirada soñadora que debía tener la hormiga, y yo le miraba preguntándome si cuando él se fuera yo le acompañaría.

La tarde en que en la telenovela se murió alguien y mamá lloraba entre hipos, sonándose y mandándonos callar, fue la tarde en que la hormiga se fue. Llegó como tantas tardes a sentarse en el filo de la mesa. Esta vez erguida y con las antenas altivas. Se pavoneaba ante nuestras miradas divertidas y expectantes. Joselito chistó y yo comprendí. Extendió los brazos y lentamente, de su espalda se fueron desplegando dos pares de hermosas alas transparentes. Es una alúa, quillo; exclamó susurrando Joselito. Sí, quillo; contesté yo.

Al principio con suavidad y luego con fuerza empezó a agitarlas. Sin mirarnos siquiera o un simple saludo con la mano, se dejó caer y se fue. Sin más.

Desde entonces hasta el final del verano Joselito no volvió a bombardear la fila de hormigas, tan sólo miraba el mar como si llevara una carga invisible en los hombros.

La promesa

Tengo que decirte algo, me dijo Carlota. Yo no pregunté, me eché hacia atrás en la silla y me puse la mano en la barbilla. Ella tenía que decirme algo. Podía haberle preguntado por su día de trabajo, por la inflación, o por la lluvia que ralentizó el tráfico por la tarde; podía haber intentado retrasar que me dijera algo. Pero me limité a callar.

Una frase con el miedo prendido en cada sílaba; tengo que decirte algo: ¿recuerdas que prometimos no mentirnos si ocurría?, me dijo entonces y yo lamenté no haber preguntado por el nuevo restaurante italiano, me miró fijamente mientras yo permanecía callado. Ella calló también, bajó la vista y chasqueó las uñas: corazón contra pulgar.

¿Carlota?

¿Lo recuerdas?

¿Qué me quieres decir que tanto te cuesta?

¿Por qué no me dejas que te lo diga a mi modo?

¿Ya no puedes contármelo todo, acaso algo ha cambiado?

¿Morirías si dejaras de preguntar?

¿No son nuestras vidas enormes preguntas en tiempos de guerra?

Suspiró agotada, como si hubiera sido un último sprint, un esfuerzo vano.

¿No vas a decirme nada más?

Silencio.

¿Carlota?

No podía moverme, me miré las piernas paralizadas y vi aquello que debía ser sangre, ¿era mía o de ella? ¿De ambos? ¿De aquél que era nosotros? El beige de las paredes se licuó y me asfixiaba, y oí la voz de Carlota, de la Carlota que reía en la cama conmigo, la que devolvió la belleza a mi vida, aquella voz alegre diciéndome que jamás pasaría: (soavemente) nunca lo dejaremos morir, ¿verdad? (presto, prestissimo), jamás. Lo tuve claro: la sangrante era mi promesa, yo la había asesinado, era yo, no Carlota, el que tenía que decir algo.

Carlota, tengo que decirte algo.

Ella se levantó, lo sabía, dijo, y se puso a llorar. Con una mano en la cara, la otra apartando sillas y obstáculos invisibles, se fue dando un portazo. Un punto y final.

Me tumbé en el suelo, la cabeza latiendo, el corazón desorientado. Debajo del sofá había una nube de pelusa escondida, me ofendió su cinismo voyeur y me incomodó mi pudor infantil. La mano bajo la barbilla se dormía, sentía la calidez de la sangre derramada, intenté recordar los tiempos perdidos y me dormí con una extraña paz.

Cinco historias

Podría contar tres historias. La primera se titula «Aparición», y trata de una tarde luminosa en una playa en la que juegan niños y adultos. Es una playa pequeña, una hermosa calita que se va emponzoñando de humanidad conforme el sol la va quemando. El mar apenas se oye, hay una polifonía constante de vehículos en la carretera cercana y un alboroto festivo que lo anulan. De repente, de detrás de una roca que hay junto a la carretera, aparece un toro. Negro y soberbio. Majestuoso en su fiereza se para en seco, como una estatua: un homenaje escultórico a la fuerza animal. La cabeza levantada a poniente, los cuernos desafiantes, ojos insondables. Se diría que busca algo con el olfato. Los que lo ven, es decir, todos los que jugaban en la playa, toman aliento y abren la boca, mudos, sin palabras para entender. Hay un mecer de sombrillas y un flamear de toallas: tan sólo ambientación. Nadie se mueve, esperan la resolución del destino —la cara o la cruz de la moneda que viaja por el aire—, como si no necesitaran hacer nada más que permanecer allí helados para justificar su presencia en la escena. El olor a sal y yodo parece hechizar al toro, inunda unos pulmones desacostumbrados y le hace resoplar. Después de un instante enorme —laberinto de segundos inflamados—, después de un instante que pareció otra cosa más larga que un instante, se rompe el encanto, el toro se da la vuelta y se va por donde vino, y un griterío eufórico y asombrado celebra la visita.

La segunda historia se llama «El accidente». Empieza en un camión que conduce Joao, un portugués de treinta y seis años, que tiene cara de niño pero calza un cuarenta y cuatro. Le gusta silbar las canciones que suenan por la radio. Si contara esta historia diría que la canción que sonaba en el momento del accidente era «Dime A», de Kiko Veneno, pero en realidad escuchaba —silbaba— un fado que no conozco. No le dio tiempo a reaccionar y el camión se le fue de las manos, como si entreabriera los dedos y una mariposa escapara, y él manoteara para volver a atraparla consiguiendo tan sólo animarla en el vuelo. Pero el camión ya estaba fuera de su alcance. Había reventado una rueda, la segunda de la derecha, esa que Antonio le había dicho que vigilara, «ojito con esa rueda, Joao, que está pidiendo el retiro», eso le había dicho, pero Joao tenía cara de niño y tan sólo le había sonreído. Para eso estaba él, para gastarse medio jornal en una rueda. El camión se deslizó por la carretera como el niño que Joao fue una vez y patinaba por los pasillos de los centros comerciales. Mira como patino, mamá, mira el camión cómo patina. Acabó estampándose contra la roca del acantilado. Hubo un tronar de chatarra, una lluvia de cristal hecho añicos y un penetrante olor a caucho quemado. Menos mal que no cayó al mar. Joao rezó una vieja oración gastada y se persignó tres veces sobre el corazón. Luego se acordó de su madre y le dieron ganas de llorar. «No patines, Joao, que te vas a romper algo». El portón de atrás se abrió de par en par y la carga se

escapó.

La tercera historia que podría contar no tiene título, me gustaba «El sueño», o «El soñador», otros se decantan por «El mar», pero en realidad no tiene título. Tampoco tiene comienzo, porque no hay indicios que apunten dónde empieza. Mantecao es un toro y no sabe quién le habló del mar, era un recuerdo medio olvidado, o una intuición mal atrapada. No sabe; normal, no es más que un toro. Él sabe de cornadas, de mirar con furia y de bufar la tierra. Para eso se entrenó desde que era un eral. Cuando por fin lo eligieron para ser sacrificado en el templo por el sacerdote amariconado de medias rosas y traje dorado, con su pose de gallarda mentira, con su cohorte de angelotes regordetes enfundados en ajustados trajes como morcillas; cuando fue elegido ya era un toro que soñaba con ver el mar. La imaginación de un toro es limitada, poco menos que la nuestra, pero era suficiente para visualizar la inmensidad de un estanque susurrante, con orillas coronadas por plumas blancas, el ir y venir sobre la arena, el sabor a sudor de hembra, el olor a niebla en la alborada. Él se veía trotando libre en la enormidad infinita del mar y su orilla, casi podía sentir cómo hendía la superficie perlada al alba, el sol que le cosquilleaba, imaginaba la sal que no podía imaginar, y veía cómo nadaba y se hundía soberano de su destino. Se imaginaba. Y era feliz.

La cuarta historia no la contaré nunca, porque comienza en la tercera, que ya fue contada, continúa en la segunda y acaba en la primera. Sería una redundancia estúpida. La que merece la pena contar es la quinta, la que explica porqué Mantecao no se queda en la playa y vuelve al camión.

Lástima que no sea escritor, si lo fuera al menos escribiría las tres historias.

El soñador y la portera

Subías con paso cansado, arrastrando los hombros y la mirada melancólica. En el segundo tramo había un escalón suelto y la madera castañeteaba al pisarla. Siempre volvías atrás y golpeabas dos veces con fuerza allí donde suponías estaban los clavos. Continuabas subiendo y te perdías en el piso de los soñadores. Ese momento en el que, indefectiblemente, volvías para arreglar el peldaño, fue el instante que te hizo mío. Al volverte veía tu brazo de alabastro tensarse en el pasamano, tu cuello girándose, tu mentón poderoso, tus ojos inconsolables, la esperanza que te habitaba.

Cada día igual. A mí ni siquiera me veías, era tan sólo la mujer blanca que os contaba al salir y al entrar. En mi carpeta no había nombres, tan sólo números. A los jefes les daba igual quiénes fuerais, sólo importaba cuántos estabais en el piso esperando. Completar el viaje y punto, no más de veinticuatro, niña, controla que no suban más de veinticuatro y avisa cuando esté lleno. No sabía cómo os organizabais, cómo os elegíais para estar arriba, quién os separaba de los demás pretendientes. Nunca me incumbió. Debíais vivir apiñados, yo nunca subí a ver, nunca tuve curiosidad hasta que te hice mío. Tú fuiste el príncipe nubio de mis sueños, pero yo no existía para ti. Eso no era inconveniente, con verte ya estaba contenta. Esperaba el momento en el que salías para dar una vuelta sólo para confirmar que ese día te vería subir la escalera. Dos golpes con tu talón, valiente y autoritario, y luego desaparecías con el regalo de tu existencia dejándome una sonrisa infantil. Volvía a sentirme como una colegiala incapaz de articular palabra en tu presencia.

No sabías que tu huida del tormento no tenía fin. Eras joven y no sabías que el infierno nos acompaña allá adónde vayamos. Como todos los del piso habías venido de tu país, de tu ciudad o de tu aldea; huyendo de la guerra, de la hambruna, o de la desesperanza. Buscabas en el futuro la seguridad y el bienestar que te habían negado al nacer. Me hubiera gustado gritarte que ibas a morir, que si no caías ahogado morirías de hambre, de frío, acurrucado en cualquier parque, huyendo de la policía; hubiera querido mirarte a los ojos y pedirte que me acompañaras. Me hubiera gustado explicarte que yo había huido de dónde tú querías ir, allí estaba mi infierno.

Tú no debías estar aquí. Tú eras más que un número, no cabías en un papel.

Subías las escaleras y no me mirabas, pero yo veía en tus ojos cómo la espera iba haciendo mella. Las caras que te acompañaban iban cambiando al cabo de los días, desistían, y tú continuabas esperando el viaje al paraíso. El billete se iba retrasando y cada vez estabas más delgado. Se te había acabado el dinero y apenas comías pero yo no lo sabía. Yo continuaba viéndote como ese cuello poderoso que se giraba para acomodar el peldaño de madera.

Un día te paraste junto a mí y me sonreíste. Me hablaste con una voz olvidada y ronca, en un francés arcaico y simple. Me miraste a los ojos y parecía que leías mi

agitación.

—¿Cuándo saldremos?

—Aún no está lista la nave.

No insististe, inclinaste la cabeza y te olvidaste de mí. Subiste la escalera y el escalón te llamó, tensaste el brazo, te giraste, miraste el peldaño pero no lo golpeaste. Algo se iba apagando. Deseaba con todas mis fuerzas que te rindieras, te prefería vivo e infeliz que jugándote la vida en una patera.

—Espera –te llamé- ¿Por qué no te quedas a vivir aquí en la ciudad? Podría ayudarte a encontrar trabajo.

No sé cómo me atreví, me oí a mí misma lanzando la voz por el hueco de la escalera y escuchando cómo se perdía. Ridícula con una escoba en la mano. Tú estabas con un pie adelantado. Me miraste con incompreensión y la pena vino a mí flotando en tus palabras.

—Aquí no vivo, aquí estoy muerto.

—Niña, ¿aún no hay veinticuatro en el piso? –El marroquí viste un traje caro azul marino, huele a perfume penetrante. Un pequeño bigote resplandece de sudor. Mira una carpeta en la que la mujer anota salidas y llegadas. Arrastra eses al hablar. — Estoy un poco harto de esperar, ¿qué le pasa a este piso ahora que no se llena?

Ella tiene la mirada húmeda, no es que vaya a llorar, es que tiene el fondo lleno de aguas cristalinas. Suspira torciendo la boca en una mueca que podría pasar por una sonrisa. Cubre su pelo cano con un pañuelo anudado y viste un vestido oscuro y fresco. Molesta por la presencia de aquel moderno exportador de esclavos baja la mirada y un hilo de voz se le escapa:

—Ha tardado pero ya están todos.

Jugando a ser el malo

En aquel día nublado, tantos de Febrero, mes insulso, Joaquín Cortina vagabundeaba por la ciudad jugando con unas monedas en el bolsillo distraídamente. Silbaba una salsa de Rubén Blades y sonreía pícaro a ver si se le veía el diente de oro brillar. Las calles estaban vacías, nadie estaba tan loco como para salir a las ocho de la mañana en domingo. Sólo él, que regresaba a su país por la tarde, quería conocer un poco la pequeña ciudad, ya que con las reuniones de negocios sólo había visto oficinas y su habitación de hotel. Se veía reflejado en los escaparates, su piel negra contrastaba con el impoluto traje blanco que vestía, una moda caribeña fuera de lugar en el invierno europeo. Los comercios cerrados a cal y canto le hicieron retomar el camino al alojamiento, con un regusto a tiempo perdido en los bolsillos.

En una callejuela cercana a la Catedral, una mujer salió de un portal delante de él. Caminaba en su misma dirección y sentido, con pasos lentos, casi fuera de lo natural. Él continuaba silbando. La mujer volvió la cara al escucharle e inmediatamente aceleró el paso. Al poco volvió a mirar hacia atrás e inclinando el cuerpo apretó el caminar. Joaquín sonreía al pensar que le tuviera miedo y empezó a dar zancadas más rápidas en un juego de persecución.

La mujer daba carreritas para que no la alcanzara y Joaquín tuvo que correr para no perderla, dejó de silbar para poder respirar fácilmente con el trote. Le divertía el juego de sentirse perseguidor, era el malo, el peligroso, eso le hacía sentirse bien. Al doblar una esquina la mujer terminó por lanzarse a correr abiertamente, con pasos cortos y sin levantar las rodillas, como hacen las mujeres. Joaquín dejó de sonreír y sacó las manos de los bolsillos para correr más cómodo, ojalá no llevara aquellos zapatos tan duros e inapropiados.

La persecución se le antojaba demasiado pesada, la mujer manoteaba espasmódicamente y él no estaba en muy buena forma, así que jadeaba descompasadamente y el hígado empezaba a pincharle. Vaya descendiente de africanos, pensó, ¿dónde están tus genes de cazador? Poco después pasaron delante de su hotel y al cruzar ante la ventana de recepción, el recepcionista le saludó con cara de desconcierto y él tuvo que inclinarse en su carrera perdiendo un poco el equilibrio. Oía el eco de los pasos multiplicados de ella y de él mismo, parecía que por la calle hubiera un grupo de alocados atletas.

Joaquín continuaba el juego tozudamente acelerando y aflojando la carrera para no alcanzar a la mujer, que daba pequeños gritos mezclas de ahogo y miedo. No sabía cómo iba a terminar el juego, adónde le llevaba aquella tontería. Ella volvió la cara y entonces él pudo ver sus ojos llenos de pavor, la mirada suplicante que rebosa terror. Le dio lástima y se paró jadeante regañándose por haberle dado aquel susto a la pobre mujer. Sacudió la cabeza y levantó la mano un momento a modo de disculpa

o despedida.

Sonrió ladino y retomó el estribillo de la salsa que silbaba: la vida te da sorpresas...

Entonces sintió un golpe en la espalda que le tiró al suelo, notó unas punzadas profundas en la espalda y luego unas patadas en los riñones y el cuello. La mujer a lo lejos gritaba pidiendo auxilio. Por encima de él un cabeza rapada siguió corriendo, pero no perseguía a la mujer, se fue por otra calle. Agonizando la vio acercarse hasta él lentamente, sudorosa y sofocada; maldijo su suerte por haber nacido negro y sonrió porque sabía perder en el juego.

...sorpresas te da la vida, ¡ay Dios!

Caballeros y castillos

—Las mujeres son como los castillos: fortalezas en las que uno no podía entrar sin ser invitado, asaltarlas era una locura y si se lograba el éxito, una excepción.

Pierre hablaba con suavidad, con un tono de voz arrullador. Hacía tiempo que le había oído su teoría de los castillos, pero aquella noche en la que cambió mi vida, cobró un significado especial. Empezaba la enumeración ladeando la cabeza, como señalando a las chicas que le oían.

—Había castillos con murallas realmente inmensas, situados en sitios inaccesibles, éstas había que dejarlas sin prestarles atención siquiera. Otros, ajados tal vez por el tiempo y los continuos ataques, ofrecían una almena desprotegida, una torre medio derruida, un hueco en la muralla que siendo rápido uno podía utilizar. Otros eran imponentes, pero colocados en un terreno desde el cual un posible intruso podía prepararse bien y estudiar el asalto, eran difíciles, pero no imposibles. Otros, los más, sólo se podían tomar con un caballo de Troya: abre los brazos, mira qué bueno soy, deja caer el puente, ¿ves mi sonrisa de juglar?, deja que pruebe tus labios y ¡zas!, ya estás dentro, un poco de resistencia, tal vez un poco de lucha y se acabó.

Las palabras fluían de su boca con la seguridad del buen orador. Hacía los ademanes justos, fijaba la mirada con firmeza en las mujeres y con superioridad en los hombres. Nadie osaba contradecirle, a perder el hilo de su charla. Pierre era un seductor de libro.

—Había castillos llenos de vida, otros abandonados, muchos ruinosos. Había castillos centroeuropeos, árabes y castellanos; castillos residenciales, defensivos, pequeñas torres y enormes recintos. Los había de tan diferente condición como distintas mujeres. Pero todos tenían la misma virtud, siempre dominaban los alrededores y fuera de ellos no se vivía, el secreto estaba dentro, ya fueran riquezas, ya la belleza juvenil de la princesa, ya el poder de las armas —una pausa aprendida preparaba al auditorio para el final de su parlamento—. El sueño de cada hombre es tomar el mejor castillo, pero sólo puede conformarse con el que baje el puente.

Al terminar se reclinó hacia atrás y dejó escapar una ligera sonrisa, como el atisbo de una secreta revelación que sólo él conocía. Su pelo lacio y castaño le caía descuidado hasta los hombros. Siempre odié esa capacidad de ir desaliñado y sin embargo resultar encantador. Pierre hacía de eso una gran virtud, sus pantalones desgastados y sus zapatos arañados le daban un aire bohemio que alimentaba conscientemente. Jamás vi que le negaran el acceso a una discoteca de moda a pesar de su aspecto, cosa que me sacaba de quicio. Conseguía a las chicas más guapas e inteligentes con aparente falta de esfuerzo. Le odiaba.

Esa noche estábamos en un quai fumando maría, cerca del puente de Napoleón. Junto a Pierre tres chicas alemanas que estudiaban ese año en la Sorbonne, le ofrecían

una a una las promesas de sus encantos. A mi lado estaban Miguel Ángel y Toto, tan embobados como yo sin entender cómo hacía aquel tipo para llevarse siempre a las chicas. Incapaces de contradecirle porque, a pesar del odio que nos unía ante él, nos motivaba el espíritu del carroñero, que sigiloso y expectante, aprovecha lo que el depredador abandona. Pierre parecía que se había decidido por la pelirroja, de aspecto virginal y con mirada dulce, pero con unos pechos de escándalo. Empezó a hablarle con el lenguaje del juglar, sabiendo que ya iba bajando el puente levadizo. Le hizo el truco de la moneda, una estratagema que le había visto realizar varias veces. Consistía en enseñarle a la mujer lo que le ofrecía, empezaba jugueteando con una moneda entre sus dedos sin dejar de mirarla. La chica, hipnotizada, fijaba su atención en sus dedos. Luego él simulaba un pellizco y se lamía suavemente el pulgar, lo paseaba por sus labios y luego se lo secaba distraídamente en el pantalón, junto a la enorme promesa de su hombría.

Yo prefería a la más alta de las alemanas, una rubia con gafas que al sentarse apenas si aplastaba un trasero de piedra, mi perdición. Sin embargo saber que Pierre no se quedaba con ella no me alegraba, al contrario, era un despojo, un artículo no válido, un plato no apto para gourmet. Odiaba a ese tipo, odiaba cómo le sonreía a la pelirroja, odiaba cómo iba ignorando a los demás, haciéndonos el vacío, mandándonos a la soledad. Nos excluía del mundo y esos minutos eran los que había que aprovechar para conseguir a las presas heridas, cuando los castillos bajan la guardia y dejan la puerta descuidada. Pero yo estaba demasiado pendiente de Pierre, demasiada envidia, y Toto y Migue fueron buitres más rápidos. Tampoco es que me importara mucho, así que me levanté y quise irme. Tuve que pasar junto a Pierre y a la pelo fuego, que ya estaban explorando cavidades bucales. Creo que le pisé el tobillo, quizás el pie, pero fue queriendo. Jódete. Él apenas si se quejó, cosa que a ella le hizo lanzarse con mayor ímpetu, cómo si el suave gruñido fuera una señal de lo bien que besaba. Me fui embotado por el pito de maría, respirando el río con ganas. Oí unos pasos y me giré. Pierre y la alemana me seguían, irían al apartamento de alguno de ellos para continuar con el asedio y posterior caída de la fortaleza. Aceleré el paso intentando que sus risas no me alcanzaran. Infecté como un virus de odio y resentimiento el metro. Me dejé llevar por la corriente telúrica hasta mi estación y me bajé con desgana, dudando en si volvía a mi cuartucho o visitaba a les timides, un grupo de ocupas que vivían cerca de mi calle.

Cuando la bocina anunciaba que las puertas se cerraban los vi salir del vagón de al lado. Él con su aire de vagabundo pijo, y ella enganchada a su lado sin poder apartar la vista de sus labios. Pierre me miraba, intrigante, desafiante, bajó la mano que asía a la pelirroja por la cintura desapareciendo por detrás. Enarcó una ceja, y la niñata se colgó de su cuello siguiendo la orden que él le daba con la mano en el culo. ¿Qué quería de mí? Se vengaba por el pisotón, menudo cabrón, recuerdo que dije en

voz baja. Me volví y continué decidido ya a volver a casa. Bastante mosqueado me sentía como para verle hacer ostentación de su conquista.

Cuando salí de la boca de metro me di de bruces con el aroma árabe de mi barrio. Me paré, como hacía siempre, junto a la tienda de especias a hundirme en el espectro multicolor y a adivinar el olor de cada una de ellas. Entonces volví a oírles, me seguían. ¿Qué coño pretendía aquel cabrón? El caballero llevaba a la princesa a la grupa de su montura engalanada, con el estandarte al viento, y la paseaba ante el pueblo conquistado como muestra de su victoria. Sabía que yo no le diría nada, no montaría ninguna escena, tan sólo me tragaría la humillación del que se sabe inferior. A pesar de ello no podía dejar de sentir aquel pinchazo de odio al verlos pasar agarrados y riéndose. Él me dedicó una mirada de soslayo entre su pelo largo cuando estaba junto a mí. Les dejé alejarse unos pasos antes de continuar, mejor ir detrás que saberse observado.

Las músicas y voces árabes que salían por las ventanas abiertas no conseguían tranquilizarme como otras veces. No me paré a charlar con les tímides, ni siquiera me molesté en esquivar las mierdas de perro de la acera. Iba hipnotizado por la repulsa a Pierre. Llegaron a mi portal y entraron. Ahí me descoliqué, ya sí que no comprendía qué estaba pasando. No tuve más remedio que seguir hacia delante, ver qué me tenía reservado. Subí las escaleras y estaban junto a mi puerta, abrazados, besándose, ignorándome. Abrí y dudé. Unos segundos eternos en los que no tenía la voluntad de mis actos. Entraron, por supuesto. Pierre nunca había entrado, así que tuvo que estudiar un momento el sitio antes de decidirse a ir hasta el sofá. Se sentó dejando a la alemana entre él y yo.

—¿No cierras la puerta? —le obedecí. No sabía a dónde íbamos, qué papel me tocaba en aquella representación. Esperé las instrucciones de su mirada. La alemana se me había acercado sin que yo lo advirtiera, me cogió de la mano y me llevó al sofá. Me colocó frente a Pierre y empezó a desnudarse entre los dos. Efectivamente tenía unos pechos demasiados perfectos para ser naturales, pero tampoco yo estaba para escrúpulos. Se me acercó y empezó a desnudarme, me dejé hacer aún embotado y perplejo. Tuve una leve sensación de ridículo al ver que Pierre se sonrió al ver mi pobre entrepierna. Ella se volvió y le desabrochó los pantalones arrodillándose ante él. Comenzó la felación con pequeños gruñidos, Pierre me miraba fijamente con media sonrisa. Estaba a punto de mandarlo al carajo, de decirle que qué le pasaba, que yo no me iba a prestar a seguirle en sus juegos. Pero no le dije nada. Me acerqué y empecé a acariciar a la chica. Tenía una piel suave y pálida y un tatuaje al final de la espalda. Turbador, demasiado. Me excité rápidamente y Pierre se percató. Alejó a la chica y se levantó. Me señaló con la cabeza y ella me hizo sentar en el sofá. Con una suavidad desconcertante empezó a chuparme y lamerme. Me recosté y cerré los ojos, seguía desorientado e incómodo sabiendo que Pierre me observaba. Tenía la

certeza de que aquello no me depararía nada bueno, pero era incapaz de reaccionar, tan sólo me dejaba llevar. La chica paró unos segundos y luego continuó, esta vez más rápidamente, mordiéndome suavemente de vez en cuando. Desde la penumbra de mi conciencia oí a la chica decir algo:

—¿Y yo qué? —al abrir los ojos vi a Pierre arrodillado entre mis piernas. La sangre se bajó a los pies y sentí náuseas. Mi primer impulso fue darle un puñetazo y romperle la nariz, pero me quedé quieto, estupefacto, con la certeza de que aquel era uno de esos momentos importantes en los que todo cambia, y sin embargo era incapaz de tomar una decisión. Se levantó sonriendo, se pasó la lengua por los labios. Colocó otra vez a la chica ante mí y él se colocó por detrás. No dejaba de mirarme a los ojos sonriendo cómplice. Ahora ella, sufriendo los empujes de Pierre, también me chupaba rápidamente como él hiciera antes, sentía sus dientes y sus quejidos. Después de todo tampoco había sido tan diferente.

Decidí abandonarme, ser el escudero del señor tampoco era tan malo.

Jugando con fuego

¿Es que merezco llegar así al infierno? Atada de pies y manos a una silla de madera robusta, anclada al suelo por unas manos sádicas que querían jugar conmigo. Qué espectáculo para el que nos encuentre: él tirado en el suelo y yo en pelotas, descomponiéndome en mis propias heces, en mis propios vómitos. Dios, déjame al menos gritar de nuevo, dame algunas lágrimas para poder derramarlas y saciar con ellas mi sed. No quiero morir. No quiero.

La sed me está volviendo loca, la garganta dolorida no me deja tragar saliva, los ojos me escuecen, las piernas y los brazos hace siglos que dejé de sentirlos. Me estoy muriendo, de eso no cabe duda, pero no estoy preparada para morir por un motivo tan estúpido. Apenas comprendo cómo me dejé convencer para que el enclenque de Pedro me atara a esta silla, que resulta que va a ser mi barca para cruzar el Estigia.

El cabrón de Pedro quería jugar, el maldito canijo quería sentirse por una vez marqués de Sade, ser superior a mí por completo, pero el capullo no me tapó la boca. Aún atada de pies y manos supe insultarle y hundirle como tantas veces antes lo había hecho delante de sus padres, de sus empleados, de sus hijos... El muy imbécil no aguantó más, desgraciado, su corazón de mierda le falló por última vez y ahí está, delante de mí, tendido con la mano sobre pecho, con cara de tonto, la que tuvo siempre, con los ojos entreabiertos, como si me siguiera mirando. Se dejó morir delante de mí, y comprendí al instante que yo también estaba muerta. ¿Quién iba a oír mis gritos encerrada en una cabaña en la sierra? Sin embargo grité, grité, grité tan fuerte que he debido romperme las cuerdas vocales. Pataleé y forcejeé con las sogas, pero se ve que Pedro las ató bien, algo debió hacer en condiciones. El primer momento de histeria dejó paso a la desesperación, luego llegó el miedo. Debieron pasar muchas horas antes de perder por primera vez el conocimiento. Desde aquel momento perdí la noción del tiempo, iba y venía de la inconsciencia sin darme apenas cuenta. Ahora no sé qué me pasa que todo me da igual, todo excepto la muerte.

Me duele todo el cuerpo que consigo notar, porque las piernas y brazos apenas si me hacen cosquillas. El estómago parece que va a reventar, tras las convulsiones que me hicieron vomitar lo tengo dolorido como si fuese el saco de arena de un boxeador. Los ojos, la garganta, el pecho, los hombros, las caderas, el culo; mi cuerpo parece ser un inventario de desguace, un amasijo de nervios descompuestos.

Me muero y no quiero. Veo sombras, oigo risas, como si los demonios del pasado se regocijaran de mi dolor. En un primer momento, no recuerdo cuándo dentro de este suplicio, empezaron con susurros y voces que me llamaban torturándome; escondiéndose para que no les viera. Las sombras llegaron cuando desperté de uno de mis desmayos, la diosa Cinemascope me presentaba sus mejores ilusiones danzando alrededor de mi patíbulo, uniéndose a la algarabía de demonios que juegan a decirme

que voy a morir. Al principio creí que eran ángeles del infierno que venían a buscarme, y me asusté, pero me dije que en todo caso serían Avaricia, Lujuria, Baco y Cocaína los conocidos que me recogerían y me sentí mejor acompañada. Y ahí tirado delante sólo el cuerpo inerte de Pedro que parece flotar a veces. Quizás esté esperando que yo muera para ir conmigo al quinto infierno, el capullo, no sabe que lo voy a dejar plantado... no voy a cargar más con él... ni siquiera una eternidad más... Me muero... y no quiero.

Me gustaría decirle que nunca le he querido, tener un hilo de voz para indicarle el camino a la mierda, tener libre mi mano un instante para darle una última bofetada. Quisiera disponer de mis últimos momentos con la mente lo suficientemente despejada para recibir a la muerte. Vuelven las sombras, las risas, ¿quiénes sois? ¿Qué pasa aquí? No puedo moverme, ¡no puedo moverme! Mis miembros no responden, ¿acaso ya estoy muerta? No, aún no: todavía controlo mis ojos.

Mi locura me está maltratando también, se ha unido al juego, ahora hace que las risas vengan de Pedro. Le hace moverse, desperezarse, levantarse; hace que venga hacia mí, me sonría, se frote el brazo, me hable:

—¿Te ha gustado?

Me gustaría un poco de resuello, el suficiente para mandarlo al carajo. Ojalá mi mirada sea lo suficientemente clara para que lo entienda. No son formas de jugar con nadie, has estado a punto de matarme.

No sé por qué sonrío el muy estúpido, por qué me acaricia el rostro, por qué me besa en la frente, por qué no me desata, por qué se va riéndose.

La cucaracha

Antes de ponerme las lentillas era un pegote pardo en el espejo, por un momento me pareció una amorfa e inesperada verruga en mi mejilla izquierda. Una vez dominada la hipermetropía, se reveló en el espejo, con sus seis patitas, sus largas antenas, su coraza marrón. Se resbalaba poco a poco en la tersura del cristal, andaba un poco, se detenía y volvía a deslizarse. El primer impulso, después de saltar hacia atrás, fue el de aplastarla, pero intuía que de un zapatazo podría romper el espejo. Casi inmediatamente me di cuenta de su indefensión, de la imposibilidad de escapar, y la observé con curiosidad.

La cucaracha movía lentamente las antenas ante ella misma, aunque en realidad tan sólo ejecutara una danza al unísono con la otra cucaracha, de patas heladas y resbaladizas, que seguía sus movimientos sin dudar ni un instante. A veces, sin previo aviso, golpeaba a la otra con insistencia, procurando una respuesta que no llegaba. Debía estar estupefacta maravillada turbada fascinada con aquella aparición.

Sonreí a mi imagen del espejo. Me devolvió la sonrisa. Alargué la mano y toqué la fría palma de mi reflejo. Un escalofrío me atacó. Me retiré, me agaché, cogí mi zapatilla y uní las dos cucarachas en un solo manchurrón blando y parduzco.

El jorobado

Andaba a largos pasos, con las caderas balanceándose acompasadas, el brazo izquierdo extendido llevaba la mano flotando a poca distancia del cuerpo, la suficiente para que fuera acariciando los árboles que salpicaban la acera a pocos pasos unos de otros. Así toda la calle. Cuando se perdió de vista me quedé pensando sobre el motivo de aquello. ¿Por qué esas caricias? Un espíritu noble y limpio en armonía con la naturaleza, que se siente obligado a pedir disculpas por las barbaries de su especie. Es una mujer solitaria, que cada día rememora los paseos por el bosque con su antiguo amor juvenil. Es, más bien, un acto de contrición, o una promesa religiosa, o una penitencia.

Al día siguiente, mientras me colocaba el gabán sobre los hombros y maldecía la joroba que me agriaba el carácter, pensé de nuevo en ella. ¿Por qué lo haría? Salí a la calle con la imagen de aquella mujer acariciando las cortezas de los árboles, y ese acto se convirtió en un enigma a resolver. En vez de acudir como siempre a la consulta del fisioterapeuta -lo único que me obligaba a salir de casa-, me fui enfrente de la puerta de dónde la vi salir el día anterior. La esperé sin saber qué haría, ¿volvería a acariciar los árboles? Acaso sólo fue una tontería, un arrebato momentáneo. Ahí sale, se detiene un momento; ahí va, el brazo extendido, la mano acariciando. Incluso me ha parecido ver una sonrisa, quizás dirigida a mí, ya que me miraba cuando sus labios se destensaron y dejaron entrever sus dientes. Un alma bella y limpia que no se mofa de mi defecto. Debía ser una buena conversadora. Si tuviera valor le invitaría a un café.

Dos semanas la observé, dos semanas hizo lo mismo. Esa mujer tocando suavemente la corteza se convirtió en el motivo para salir de casa. Luego me iba al parque intentando descubrir si alguien hacía lo mismo. ¿Por qué? Al decimoquinto día no pude resistirme y me acerqué a preguntarle. Fui discreto, educado, excesivamente comedido, pero nada de eso ocultaba mi curiosidad.

—Es por usted —me dijo. Mi cara debió resultar suficientemente explícita porque continuó: — Esa joroba que tiene me obliga a tocar madera treinta veces seguidas, desde pequeña tengo esa superstición.

Como no dije nada asintió como saludo y continuó su camino. Yo también me fui a casa.

La última jugada

Uno no sale a matarse todos los días. No se levanta por la mañana y dice, ea, hoy me suicido. Uno sabe que el suicida no va al cielo, no le rezan en misa de ocho ni le ponen velas en todos los santos. No, uno lo sabe.

Uno sabe que lo mejor para morirse es desearlo. Poner cara de depresivo, llorar por los rincones y perder las ganas de comer. Eso es lo mejor. A todo el mundo le das pena. Es una muerte de la que los demás se sienten culpables, la veían venir y no hicieron nada. Después le recuerdan a uno siempre con un punto de reproche, pero le recuerdan.

Así que uno decide morirse. Está cansado de la vida tan vacía que lleva. Escuchando una lengua que no siempre entiende, el idioma de una multitud sola. En el zumbido de la monotonía, viajando de un sueño a otro, en tramos a oscuras en los que la vida vislumbra un sentido, en los que los días pasan como si alguien los arrojara como cartas sobra la mesa. Cartas del Tarot que a uno no le importa qué dicen. Uno no es más que parte del mobiliario: la silla ocupada, la farola fundida, la papelería sin fondo, el espejo oxidado. Un objeto inútil, eso es, pero no importa porque ya ha decidido morirse. Y en cuanto toma la decisión, a uno le entran ganas de disfrutar lo poco que le queda de vida. Extravagancia que uno no entiende, se encoge de hombros y vale.

Entonces, el crupier cachondo y burlón, le arroja a la cara la carta del amor. Una carta alta y bella, con el pelo rojo como una fogata desbaratada a patadas, una mirada de pintura renacentista, y cargada con dos hijos y el peso de una alianza. Y se la tiró como si fuera el mejor de los chistes. Pero uno no se ríe, tiene atrofiada la sesera, no comprende cómo la vida puede ser tan cruel y jugar a lo bestia. Saca lo que le queda en los bolsillos y lo apuesta todo a esa jugada. Salta al vacío en plena oscuridad, confiado en poder doblar las rodillas en el momento justo, que es ni más ni menos que lo que hacen los demás, es eso que llaman vivir. Total, no tiene nada que perder. Quizás es eso lo que quiere: perderlo todo para poder morir sin nada en las alforjas, ligero para el último viaje. Y uno se da cuenta que puede posponer el asunto de su muerte, no en vano el pecho le baila mientras vigila los vagones del metro.

Uno se ríe como un tonto cuando la causa de su alegría llora de impotencia. No puede evitarlo, ella llora porque se siente culpable, él ríe porque ve una solución fácil.

—Vente conmigo, anda, deja a tu marido y vente a vivir conmigo.

Sin embargo ella no lo ve tan sencillo y llora, sigue llorando y sigue lamentándose. Pero uno no es tonto y sabe que jamás se irá con él. Y le dice:

—Y ahora qué, ¿te mato o me caso contigo? —pero no contesta, sabe que la respuesta sólo puede herir. Uno sabe que si se va, si le deja, será de nuevo un hombre anónimo que nadie verá, pero con un bonito recuerdo, una sinfonía en un mundo de

sordos. Y aunque la vida le regale un momento de felicidad, uno no se fía, le ha visto hacer muchas veces trampas, sabe que tiene cartas escondidas.

El bache de ilusión dura más de lo que esperaba, pero al final acaba jodiéndose todo. Ella, con ojos de agua y el pelo llameante, le espeta que no vivirá sin él, que no puede seguir con ese sufrimiento. Uno no entiende y sacude la cabeza, los sesos se agitan y, como una marea de metal líquido a punto de enfriarse, embisten contra los ojos dejándolos nublados para siempre. Las sienes se le encienden y el estómago (ahí donde le dolía al enamorarse) se le vacía por última vez. La carta que asoma por la manga. Así que es esto lo que la vida le tiene reservado. En fin, se dice uno, lo importante es saber perder. Y le dice que vale, que sin ella nada tiene sentido. Ella rompe a llorar como si riera, ¿será que está feliz? Nuestro amor no puede envejecer, le dice entre sollozos, se rebela ante la idea de la degradación, es como la vela que no quiere consumirse y tiembla a cada sople huyendo de la llama. Uno no entiende, pero ya nada importa.

Como una ilusionista, ella saca en una tarde de lluvia y viento dos copas que llena con el último viaje. Un viaje de sólo ida, dos minutos y el túnel siempre oscuro. Esta vez sin estaciones de luz. Dos copas, dos billetes. Uno sabe que si duda le costará más tomárselo, por eso coge la copa y la levanta. El líquido tiembla sarcástico, pero sin gracia, un bromista de feria. Ella no respira y abre mucho los ojos. Uno se echa al gizonte de un golpe el contenido. Una llamarada de luz y calor le estalla en el pecho, intenta domarla apretando los dientes, pero escapa en dos lágrimas liberadoras. Sonríe, no sabe por qué, pero sonríe con un único pensamiento: ya está, saldé mi deuda con la vida.

Ella sacude los hombros y encoge el cuello, arruga la cara y susurra algo. No la oye. Ella niega con la cabeza y vuelve a mover los labios. No la oye. Arroja la copa al suelo, sale corriendo. Uno ve un centelleo rojizo flotando delante, saliendo del túnel, y comprende que esta vez sí tiene gracia. Se acurruca con su soledad y cierra los ojos.

Uno sabe que los suicidas no van al cielo, no les rezan en misa de ocho ni les ponen velas en todos los santos. Uno sabe que los suicidas van al carajo.

Náufragos

Los árboles habían tapizado el camino con una mullida y crujiente alfombra. La luz se abría paso a trompicones entre las enmarañadas copas, chorreando sobre Martín. Recordaba haber salido de casa un viernes por la noche, haber bebido, tomado algunas pastillas, algún beso; nada más en la memoria. Ahora estaba junto a las gracias de Bécquer, inmóviles en su suspiro eterno, y ensayaba sus torpes piropos de niño borracho aprovechando su paciencia pétrea. Sus murmullos no lograban perturbar el diálogo de los centenarios troncos. La luz jugó a trazar un puente levadizo conforme moría la tarde, buscando el infrarrojo de su espectro. El oxígeno intentaba hacerse sitio en los rincones de sus neuronas, y la cerveza decidió que quería salir de una vez. Fue la vejiga la que le hizo reaccionar y buscar la salida del Parque de María Luisa. Se preguntó, en un instante de lucidez, cómo había llegado hasta allí y desde dónde. Le picaban las patillas y un ligero adormecimiento se asentaba en sus sienes.

Empezó a caminar y entrecerró los ojos unos momentos, la ley natural estaba fallando porque caminaba por encima de los árboles, sentía las hojas acomodar sus pasos con dulzura en un vaivén ensoñador. Sonreía estúpidamente feliz. Abrió los ojos y el encanto se esfumó, volvía a desgranarse por los senderos del parque. Con la conciencia iba asentándose de nuevo la soledad en su alma, el sentimiento de vacío etéreo en el estómago. El pecho se volvió plomo, inhaló profundamente y abrió los brazos en cruz. Quiso gritar pero no lo hizo. La cabeza turbia esperaba que se asentaran las ideas, que caóticas rebotaban por el hueco del corazón. Un espasmo le paró en seco, el estómago se arrugó, se le torció el espinazo y vomitó, vomitó con ansia los desiertos que le anidaban: un puñado de bilis era su rostro. Supo que no podría esperar a encontrar un urinario, así que se desabrochó los pantalones, luchó con los calzoncillos y orinó largamente apelmazando las hojas ante él. Terminó y se subió los pantalones, sin cerrar la cremallera y dejando un oscuro testigo de la meada en la entrepierna. Dando inseguros pasos de bebé continuó por la penumbra otoñal.

Sin notarlo había cambiado el tapiz de hojas por el asfalto de la Plaza de España. La luz ya se había ido de la ciudad, ahora tan sólo un grupo de pequeños soles se alineaban sobre la acera. Fijó su atención en el mundo: unos hombres paseaban, esperaban, lanzaban miradas escondidas, fumaban nerviosos. Hombres solos, sólo hombres. ¿Y los turistas, y los coches de caballos, y las fotografías? Se respondió, enarcando una ceja, que seguía en otro mundo y aquellos serían los nuevos habitantes. Unos coches se deslizaban por el bulevar arriba y abajo lanzando mensajes con las luces de freno, una vuelta, dos, tres; uno se paraba aquí, la ventanilla se bajaba, un hombre se acercaba, se inclinaba, se intercambiaban palabras, quizás subiría al coche; otro se paraba más allá, la ventanilla estaba bajada, un

hombre se acercaba, se inclinaba, daba un precio, parecía pensárselo.

Él cambiaba el peso de una pierna a la otra, no podía andar, estaba bloqueado. Notaba el sudor naciendo a borbotones por su cuerpo embotado, una miríada de luces cruzaba por el cielo, caían en espiral y se quedaban ante él. Sonreía con tristeza, ¿qué hacía ahí parado? Dio un paso atrás y lo engulló la oscuridad. Un gemido se oyó junto a él: una mujer estaba tirada en el suelo, desparramando sus miembros en una locura de articulaciones. No le veía la cara, oculta por la maraña de su cabello, las ropas se insinuaban ajustadas y a la moda, un destello denunciaba el ombligo, el aroma a perfume caro se mezclaba con el menos glamoroso del orín y el alcohol. Ralentizado se agachó sintiendo el remolino de su cerebro por el cambio de altitud. La observó —lo intentó al menos— con atención. Sintió una punzada en el pecho, creyó que iba a vomitar de nuevo, pero era otra cosa. ¿Pena, curiosidad, quizás? Dejó que su mano avanzara hacia ella, la deslizó desde su cabeza hasta la cadera sin llegar a tocarla. Llevaba una minifalda que no escondía el blanco de sus bragas, unos calcetines altos deberían llegar a las rodillas pero no iban más allá de los pálidos tobillos, los zapatos la habían abandonado.

—¿Qué coño haces!

Una voz chillona le increpó desde detrás, se volvió y vio a uno de aquellos hombres vestido con chándal. Martín se levantó y dio un paso hacia él. El tipo se fijó en la bragueta abierta y en la mujer tirada en el suelo. Los ojos rebotaban de uno a otra. Dio unos saltitos hacia atrás y empezó a gritar, con una voz escandalosa y destemplada. Martín le veía ralentizado, dando manotazos con los codos junto al cuerpo, levantando los pies con las rodillas trabadas, le resultaba cómico. ¿Qué gritaba?

Por ensalmo de brujería, el bulevar de Isabel la Católica empezó a vaciarse, nadie parecía verle. Ni a él ni a la mujer. Ni al chaperero, que ya había arrancado a correr buscando el cobijo de la ciudad. Si hubiera estado más despejado, hubiera comprendido que estaba siendo observado desde la maleza, desde la distancia, ojos esquivos y curiosos. Pero en un instante se encontró solo de pie, apoyado en la cortina negra de las sombras, en un mundo que se empeñaba en revolotear. Definitivamente tuvo la certeza de haber pasado a un universo paralelo. Se encogió de hombros, rendido. Entonces la volvió a oír. Un quejido descendente, como un om tántrico que dejara escapar un perro abandonado. Regresó junto a ella, e inclinándose, le apartó el pelo de la cara. La luz no era suficiente para apreciar sus rasgos, pero se intuía el brillo de los ojos que parpadeaban lentamente.

—¿Qué?

Eso fue lo primero que dijo, como si resumiera todos los interrogantes del mundo. Martín se encogió de hombros y contestó con sinceridad:

—Y yo qué sé.

Ella empezó a levantarse con lentitud, con la exasperante parsimonia propia de los gatos capados. Los brazos y piernas recuperaron el lugar que la naturaleza les depara, y cuando logró erguirse por completo miró de arriba abajo a Martín. Se fijó en la bragueta y se tocó el vientre.

—¿Qué me has hecho? —La mujer no lo era tanto, no tendría más de quince años, pero en el rostro se apreciaban los pecios de un maquillaje abundante. Tiró de la minifalda hacia abajo, sin lograr tapar mucho. Martín recordó que aún llevaba las bragas puestas.

—Aún tienes las bragas puestas —lo dijo como si esa fuera la prueba de algo que él no podía comprender. Ella volvió a tocarse el vientre, la mano intentaba averiguar lo que su cerebro no recordaba. Con la otra mano se atusó la melena. Luego se calzó los zapatos sin agacharse. Intentó una sonrisa.

—¿Qué día es?

—Yo qué sé. Es de noche.

—¿Me invitas a una cerveza?

Martín se metió la mano en el bolsillo, tocó unas monedas.

—Vale.

Conforme se desdibujaban bulevar abajo, los habitantes del otro mundo volvieron a sus puestos. Algunos ya habían conseguido un trato y se perdían en la negrura del parque.

Paté de femme

Me recuerdo agachado hurgando en las virutas, dejando que las manos bucearan en la calidez del trópico. El cosquilleo acogedor de una primera vez. Mi primera vez. Marcus me dice que la medicación me libera la mente, Pierre me da vino a escondidas, dice que el tinto acomoda el paladar para la cena, los calmantes y el vino hacen que aquel día esté tan nítido como si hubiera sido ayer. ¿Acaso no fue ayer? No, yo era bajito, tenía doce años. Acompañaba a mi tío Jorge en la carpintería de Sergio: el ajeteo ralentizado de los artesanos, las miradas atentas a la madera, los dedos acariciando las curvas rebeldes, convenciéndolas. El olor penetrante que les hacía toser y mantener la boca cerrada, incluso al sonreír. Barre ahí, niño, me decían de vez en cuando, justificando mi presencia. Aún creo oírles, barre ahí. Y el serrín se removía en un oleaje denso, recuperando su sitio sin que me importara. La luz entraba eufórica por las claraboyas, se hacía de oro al rebotar y filtrarse entre los tablones y moría a nuestros pies. Me gustaba estar allí.

Ese día, a traición, el hijo de Sergio, que llevaba sólo dos meses trabajando como aprendiz, empezó a gritar como un loco junto al banco de la sierra circular. Gritaba como el descubridor de un secreto horrible, gritaba mirando asombrado la mano que sacudía de un lado a otro, mostrándola a un público imaginado. Un chorro intermitente de sangre salía de donde, unos segundos antes, tuviera los dedos índice y pulgar. Todo el embrujo que habitaba el taller, creando la sensación de templo mágico, se desvaneció en un instante. Mi tío Jorge, Sergio y yo mismo, fuimos a socorrerle. A mí me tocó buscar en el suelo, entre el montón de aserrín que circundaba la mesa, los dos dedos cercenados. Encontré el índice, y como no aparecía el otro, se fueron al ambulatorio. Sergio, con su hijo casi en volandas, y mi tío con el dedo en la palma de su mano. Iba con el brazo extendido, los ojos muy abiertos y apretaba mucho los dientes, agarrando una maldición.

Me dejaron solo sin decirme nada. Tenía el corazón alocado, nervioso pataleaba en el suelo sacudiendo el aserrín. Buscaba el dedo perdido como si ese fuera mi única misión. Me imaginé corriendo tras los mayores con el dedo entre los míos, y viendo como el joven aprendiz me miraba agradecido por recuperarlo. Sudaba, y las partículas de madera me pellizcaban por todo el cuerpo. Me rascaba sin parar aquí y allá, intentando atrapar un picor que huía. Resoplaba murmurando insultos, que ahora recuerdo candorosos e infantiles. En una de estas, el dedo saltó por los aires y volvió a esconderse entre las virutas. Me paré en seco y, mientras me rascaba la cabeza, me arrodillé, y luego lancé mis manos en su busca. El cálido mar tropical entre mis dedos. Cuando lo cogí la cabeza debió de llenarse de sangre, por que todo se nubló a mi lado; desaparecieron los picores y el calor, el aire se hizo denso y sólo tenía ojos para el pulgar. La experiencia me ha enseñado que la vida es muy extraña, y que tiene

el don de torcerse cuando menos lo esperas. Lo que cada uno haga en esos momentos, la decisión que tome, le cambia para el resto de su vida. Aquel fue uno de esos momentos, porque lo que hice, sin saber porqué, fue llevarme el pulgar a la nariz y olerlo. El aroma a sangre, mezclado con el de la madera, me resultó dulzón y extrañamente agradable. Saqué la lengua y lo probé. Recuerdo que la paseé por el paladar mientras lo volvía a oler. No sé porqué, y doy gracias a dios de que lo hiciera, mordí un poco de carne. La textura y el sabor, mezclados con la imagen del hijo de Sergio, me procuraron una excitación que me aún me perturba al recordarla. Me comí todo el dedo y roí con ansias el hueso. Tan sólo deseché la uña, y no por su dureza, si no por el sabor tan desagradable. No hay día que al oler la madera recién cortada no me venga al paladar el sabor joven y generoso del hijo de Sergio.

Debe ser la medicación junto con el vino la que me hace tener tan vívidos estos recuerdos. Si pudiera levantarme iría con Marcus a la cocina y se lo volvería a contar. Le hace tanta gracia. Él llegó al delicatessen, como le gusta llamar a nuestra dieta, siguiendo una línea intelectual, dando el paso evolutivo que solucionará el problema del hambre y el de la superpoblación de una sola vez. Maldita cabeza la mía, no puedo pensar en otra cosa que en mis recuerdos. Marcus y Pierre ríen mientras cocinan, me gusta que estén contentos.

Aquel día en la carpintería decidí que sería cirujano. Y no, como pensó el tío Jorge, para curar dedos cercenados, si no para tener acceso a toda la carne humana que quisiera. Fueron años duros, incluso llegué a pincharme para sorber un poco de sangre. Nada que ver con el verdadero sabor de la carne. No veía el momento de hacerme médico. Por suerte, cuando estaba en tercero de BUP, conocí a Miranda y ya no tuve que estudiar medicina.

Era una chica regordeta y antipática, sonreía poco y daba unos pellizcos tremendos. Llevaba siempre el pelo en una cola, y parecía que le estiraba las cejas dejándole cara de sorprendida. Por las mañanas sufría de halitosis, pero eso es algo que aprendí después, cuando nos hicimos novios. Me resultaba repugnante, pero era la chica ideal: su padre tenía una funeraria con horno crematorio incluido. No tardé en darme cuenta de las posibilidades que tenía aquella situación. Los familiares traían los cadáveres a tu casa, les dabas unas cenizas y listo. No llegué a terminar los estudios, me hice novio de Miranda y me fui a trabajar con Eufemio, su padre. Como veía que iba a ser difícil encasquetarle su hija a alguien, me aceptó de buen grado a pesar de que no le demostraba un gran cariño a la chica. Encima me gustaba su negocio, así que me adoptó como hijo y sucesor. Yo encantado, claro.

Eufemio era un tipo raro, disfrutaba maquillando a los muertos y más de una vez le sorprendí acariciando los pechos de mujeres jóvenes. Nunca lo vi, pero no me extrañaría que incluso haya llegado a la inmundada perversión de la necrofilia. Cuando le veía reírse y cantar amortajando al cadáver, se me revolvió el estómago. Tardé dos

años en ganarme su confianza para que me dejara como responsable total del crematorio. Y en tres meses ya pude hacerme con el cuerpo de un hombre de veintitrés años que había muerto en un accidente de tráfico. Lo guisé siguiendo las instrucciones de un libro de recetas. Estaba horrible. Era un tipo muy musculado y lleno de nervios. Además no caí en congelarlo por partes, así me hubiera durado varios meses. Pero me guardé el costillar para asarlo a la parrilla, y con un poco de miel y especias quedó estupendamente. Los testículos también me quedaron muy bien. Los cocí durante horas, luego los trocé y los salteé con ajo y perejil, pero olían bastante mal mientras los cocinaba. Lo que más añoro de aquellos años es la emoción de experimentar con las recetas, de preparar mis propias comidas. Cada cuerpo me daba carne para varios meses, aprendí maneras deliciosas de cocinarlos. Me hice un experto en dejar las nalgas bien suaves, cosa que luego supe es bastante difícil. El secreto, bastante simple, es dejar macerar la carne unas horas en kiwi machacado. Sustraer los cadáveres llegó a carecer de interés, no me provocaba ningún placer, se convirtió en la rutina del vampiro.

Pensar en aburrimiento me lleva a recordar a Miranda. Se empeñó en tener niños, pero pude evitarlo. Con la amargura de la madre sin hijos, y viviendo en el filo de la abstinencia, empezó a engordar de una manera increíble. Cuando vine a darme cuenta apenas si podía moverse.

¿No es ese el olor de la carne dorándose? Marcus habrá abierto el horno, asa la carne de maravilla.

¿Por dónde iba? Ah, sí, Miranda. A ella nos la comimos mucho después, cuando ingresé al club en Ginebra. A raíz de una noticia sobre un caso de canibalismo en Alemania, me hice pasar por antropólogo y me puse en contacto por carta con Sonia, la periodista alemana que había seguido de cerca el caso en Rothenburgo. Me interesaba saber si éramos muchos, o si acaso ese hombre y yo éramos unos privilegiados. Una cosa llevó a otra, durante interminables cartas hablamos de Atila, de Lautaro, de Bokassa; y el interés evidente por el tema hizo que acabáramos confesando nuestras apetencias. Así me encontré dejando mi vida en Madrid y mudándome a Ginebra, donde tiene la sede el Club Gania. Se me va la cabeza, no, debo mantenerme despierto, ya queda poco para el gran momento.

En el club conocí a Marcus y a Pierre, el Gran Pierre: un maestro. Cuando Miranda vino llorando a buscarme, él fue quien tuvo la idea. Todos aceptamos, claro. Llegamos a reunirnos veintidós personas. Fue un día memorable, el mejor recuerdo que guardo de Miranda. Empezó a llover y tuvimos que meternos todos dentro de la cabaña que Pierre tenía en los Alpes. Él iba y venía de la casa a la barbacoa riéndose y animándonos a comer, mientras todos me felicitaban por lo buena que era Miranda. Muy buena, decía yo, si ustedes supieran... y levantaba la ceja torciendo el gesto. Qué gran día, pero nada comparado, cuando un par de meses después, Pierre nos

invitó a Marcus y a mí a un fin de semana culinario. Marcus, que es forense, nos trajo un cerebro bien fresco y yo aporté el vino, que otra cosa no podía. La sorpresa que Pierre nos tenía reservada fue un exquisito paté que había preparado con el hígado de Miranda. Se pica bien picadito, nos contaba mientras servía la comida, se mezcla con un poco de panceta –que Miranda tenía en exceso-, se especia, se mete en el molde, se hornea et voilà!: Paté de Foie à la Miranda, anunció. Todo un maestro. Marcus y yo aplaudimos su paté durante meses.

Marcus me llama, la pierna está lista. Me pregunta si quiero salsa de arándanos. No, no quiero, prefiero degustar la carne sin ningún aliño que enmascare el sabor. Pierre y Marcus vienen a por mí. Estoy muy débil, deben alzarme de la cama y colocarme en una silla de ruedas. Me llevan a la mesa, Pierre se ha esmerado montándola como para un príncipe. Me dejan probarla primero. Está deliciosa, eres un maestro del horno, Marcus. Me mareo, me miro la pierna derecha y compruebo que el muñón empieza a sangrar de nuevo. No quiero desmayarme, no ahora que por fin llegó el momento. La nueva era ha comenzado.

El círculo de la procesionaria

Están sentados en círculo en sillas de colegio, los respaldos tatuados con corazones y letras: «C + J M F» Los amores furtivos, los primeros. Las paredes alegres, la pizarra chillona, colorines en la luz que se rompe en las persianas cansadas. No se miran a los ojos, son demasiado grandes para los asientos, demasiado derrotados para el lugar. Los dedos, inquietos, no paran de jugar entre ellos. Algunos pies canturrean ritmos desacompañados. Y uñas roídas. Y relojes inspeccionados. Suspiros que se trasmutan en carraspeos. Entra el monitor.

—Buenas tardes.

Un coro de voces apagadas por el temor —o por el cansancio, o por la impotencia, ¿por la desgana?, quién sabe—, responde un buenas tardes en un eco descolocado, como si las letras estuvieran mal avenidas. Los cuerpos se estremecen. Escribe algo en una carpeta que apoya en las rodillas mientras los pies se elevan sobre la punta de los dedos. Llega el momento, parece que alguien lo dice en voz alta porque hay miradas furtivas buscando al acusador. Ha sido él, que ahora les mira y sonríe.

—¿Quién rompe el hielo?

Las miradas huyen como cuando el maestro pregunta la lección, debe ser un miedo impregnado en el aula. Sólo Antonio no desvía la mirada. El monitor le señala con la cabeza, y levanta una ceja mientras le sirve el turno en la palma de su mano derecha. Entonces Antonio habla, y mejor que hubiera seguido callado como todos, encerrados en la oscura vergüenza y los íntimos miedos.

—Valga como exordio: Estábamos en un círculo —sonríe por un instante—: como un círculo de procesionarias —baja la mirada a sus manos, y como si las leyera, empieza una retahíla que al principio nadie oye, la garganta rota por la ginebra, pero poco a poco va subiendo la voz. Y cuenta como si no hablara de él.

Cinco monaguillos se sientan en la sacristía. Los dos mayores sisan un poco de vino de misa, entre risas y miradas de superioridad a los pequeños, y luego se colocan frente a ellos con las piernas abiertas, las espaldas en la pared. El más alto le da un manotazo en el hombro al otro, «¿tienes un pitillo?»

Niega con la cabeza, se rasca la entrepierna y rebusca un gargajo imaginario. El alto chasquea la lengua y maldice por lo bajo. Los tres pequeños no dan crédito a lo que ven. «Pero si acaban de comulgar con don Julián —piensa Antoñito—, van a ir derecho al infierno».

Antonio acaba de llegar de la capital, va a vivir allí un año más o menos con su abuela y luego regresará con sus padres. Un año pasa volando. «¿Como una

golondrina, papá?» «Como una golondrina.»

«A ver Antoñito —le dice el más alto, que parece ser un cabecilla nato—, ¿ya te ha llevado el padre Julián al pinar?» Antoñito arruga la frente y espera la burla. «¿Qué es un pinar?», pregunta. «Joé con el niño de ciudad —se queja y le da un codazo al otro—, el pinar, enclenque, es el bosque que hay después del cementerio, el que está baldío antes de la dehesa del señor Valverde». Antonio niega con la cabeza. «¿Que no qué, niño?» «Que no me ha llevado».

Le vuelve a dar un codazo al otro y agacha la cabeza, y su amigo, que permanecía altivo, empieza a menearse como si la silla le pinchara. Y quedan en silencio, cinco niños sentados en círculo como si masticaran un secreto, o como si escucharan una canción muda. Como si una cohorte de ángeles les hubiera robado la sombría ignorancia.

En el pueblo, la luz que mata las sombras, que no cesa en empañar de gris las casas encaladas, va dejando pasar los días con indolencia. «El tiempo está pachorrudo —dice el padre Julián—, hoy no me peta pasear». Y los niños se van a jugar a la plaza, los mayores corretean a los pequeños y Antoñito que ve pasar volando las golondrinas.

El peral que hay junto al muro del cementerio lanza sus ramas reumáticas mirando al cielo, en una lenta plegaria secreta. El padre Julián les ha contado a los niños que hace muchos años, un pequeño huérfano lo plantó cuando enterraron a su madre. Desde entonces, el árbol que nunca ha llegado a dar frutos, reza a Dios continuamente en auxilio por los niños desamparados. El padre Julián se queda cada tarde con los chiquillos, les cuenta historias, les habla del pasado, de las palabras y sus secretos. A ellos les gusta escuchar su voz entonada, aunque a veces gorjea como un pájaro parlón. Pocas veces salen a pasear, pero nunca se dirigen al bosque. Este cura es un santo, dicen las beatas cuando salen de misa; si es tan bueno debe ser tonto, dicen los hombres en el bar.

El padre Julián tiene la mirada desconsolada, pero la sonrisa perpetua lo niega. La contradicción se decanta con sus manos, enormes y acogedoras, que nacen furtivas y translúcidas como dos aparecidas de las bocamangas de la sotana. Procura no tocar a nadie, chismorrean que es hipocondríaco, más bien maniático, dice el farmacéutico. Desde la torre del campanario suele vigilar a los niños mientras juegan en la plaza, le gusta cuando corretean en círculos esquivándose unos a otros, y cuando juegan al capitán y todos siguen al primero.

Ahora el sol lanza saetas que persiguen las motas de polvo, las paredes hieren de cal y a la hora de la siesta, el calor es tan intenso que los relojes se ralentizan. El padre Julián ha pedido a Antoñito que le ayude a preparar un sermón. El niño obedece disciplinado, le lleva los libros a la sacristía, le acerca una jarra con agua fresca. En el coro dormita un poco, luego hace sombra bajo el rosetón de colores

hasta que el cura le llama. Él obedece. El padre Julián quiere pasear, «vayamos hasta el bosque, hijo, verás qué portentosa es mater natura».

Pasan junto al cementerio, las ramas artríticas del peral se estremecen, como si las recorrieran mil agujas heladas en la lenta marea de su savia.

El hombre camina presuroso, con dificultad, le cuesta respirar porque parlotea sin parar. Antoñito le coge la mano y siente cómo se hunde en la tibieza de una sábana recién planchada. Alza la cabeza y, desde su altura, la cara amable del padre Julián está tallada en piedra. Continúa andando, pero sus pies sólo se deslizan, sin sentir el obstáculo de jaras y carrasquillas. Poco tardan en llegar al pinar, que les acoge presuroso, inquieto, temeroso quizás de que cambien de idea. El pequeño Antonio empieza a escuchar lo que dice el padre Julián entonces, porque se ha parado en seco, carleando como un animal cansado. Extiende un dedo acusador a la altura de los ojos del pequeño.

«Esto son las procesionarias», dice con su voz imponente y Antoñito sigue la línea que traza el dedo hasta el suelo. «Su nombre científico es *Thaumetopoea pityocampa*», se agacha poniendo su cabeza a la altura de la de Antoñito, «un nombre muy rebuscado que usan para asustar a los árboles».

Antoñito mira las orugas que le señala, son peludas, con rayas pardas y negras, y van unas detrás de otras en una fila enorme. Bajo la luz sesteante aparecen como minúsculos monstruos que conforman uno mayor. El padre Julián recupera el aliento en dos profundas inspiraciones.

«Fíjate como van, cada una tocando a la que va delante, sin preocuparse de dónde va ni quién la guía. No le tienen miedo a nada porque de nada se percatan. Así van hasta que dan con un árbol, entonces suben, se alimentan y se convierten en crisálidas. ¿Recuerdas lo que os conté de la metamorfosis de la mariposa? —el niño asiente—, pues eso es lo que les ocurre. Pero así, tan poquita cosa como parecen, son una verdadera plaga. A veces son tantas que pueden matar a varios árboles. Les gustan los pinos, los alcornoques también. Por eso tenemos que hacer algo, ¿no te parece?»

Antoñito asiente convencido, con la mirada asustada y el gesto enfadado. El padre Julián coge una ramita del suelo, se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano y empieza a hurgar en el suelo. Le suelta la mano y, agachado como está, le atrae a su vera. El niño siente su aliento en la mejilla.

«Verás lo que haremos: son tan tontas, que si vamos obligando a la primera a girar así, ¿lo ves?, así, así, hasta que llega a tocar a la última, así, deja de ser líder y se convierte en una más que sigue a la que va tocando. Y... —retira el palito con gesto de triunfo—, ya está. Se forma un círculo, caminarán así hasta la muerte y hemos salvado la vida, quizás, a varios árboles. ¿Contento?»

Antoñito sonrío, pero el gesto se le queda muy cerca de la mueca, siente el vértigo

del infinito, quizás por primera vez, y le dan ganas de liberar a las orugas de su destino. Caminar y caminar hasta la muerte. El cura nota su azoramiento y le abraza con sus manos heladas. Le da un breve beso en la mejilla y aspira con fuerza el olor a sudor, dulce y ligero, que emana de la base del cuello del pequeño. La mano que sujeta el brazo del niño se tensa, la otra baja un poco por la espalda. Antoñito siente un escalofrío, una turbación que no volverá a sentir con esa intensidad nunca más en la vida. La voz del padre Julián está ahora rota, susurrante: «Te voy a enseñar otra cosa, Antoñito, creo que ha llegado el momento del exordio, ¿recuerdas la palabra? exordio: el principio».

Antonio tiene la boca seca y la mirada húmeda cuando termina de hablar. El monitor lanza un carraspeo como rompehielos. Abre la carpeta que reposaba sobre sus rodillas, hurga en ella con dedos hábiles hasta que encuentra lo que buscaba. Saca una foto, la muestra al círculo con el brazo extendido hasta llegar a Antonio. Es de una niña que mira a la cámara con tristeza y un araño le cruza la mejilla.

—¿Puedes decirnos cómo se llama esta chiquilla?

Antonio amaga una sonrisa pero los ojos se endurecen, el cielo se cae y el aire desaparece, su voz apenas si se oye. No aparta la mirada de la foto y se yergue antes de responder.

—Clara, dijo que se llamaba Clara.

Un picotazo

Tan sólo sentí un picotazo en el abdomen que me adormeció la zona de inmediato. Tardé varios segundos en reaccionar y mirar hacia abajo: una mancha rojiza iba creciendo en la camisa. Me palpé incrédulo, miré la mano empapada por la tibieza de la sangre. Un escalofrío me sopló en la nuca, empecé a formular una complicada maldición y cerré los ojos.

Al abrirlos seguía en la cama, empapado en sudor, desconcertado por el sueño tan vívido. Quería contárselo a Lidia y la llamé. Cuando entró al dormitorio con su bombín encasquetado, llevaba una pistola en la mano. Pensé que en ese momento era mejor no decirle nada, respiré hondo y deseé despertar pronto. Disparó.

Disparó y tan sólo sentí un picotazo en el abdomen, como una inyección. Parpadeé unos segundos, pocos, antes de llevar una mano curiosa a la mancha cárdena que crecía en la camisa. Incertidumbre en los dedos. La nuca erizada. Ojos en búsqueda de la oscuridad.

Ángel Azul sobre Cielo Estrellado

Sientes el frío de un cristal en la sien. Abres los ojos. Llevas una musiquilla en los pliegues de tu cabeza rebotando cansina. La lengua nerviosa sigue sus evoluciones en la boca, dibujando en tus dientes la partitura oculta. Miras por el cristal y ves un cielo estrellado, maravillosamente negro y estrellado. Suspiras sin poder dejar la melodía que te aturde. Bajas la vista y compruebas que debajo también hay un cielo lleno de estrellas. Cierras los ojos. Sientes una náusea fina y blanduzca que te nace en las ingles y te atraviesa hasta asentarse en el estómago. Crees saber cual es la causa, no, lo sabes seguro: hay en tu paladar un regusto dulce de resaca. Abres los ojos. El cielo de abajo es aún más negro y brillante que el de arriba. Está lleno de luminarias agrupadas en corpúsculos que bien podrían ser galaxias. No estás seguro, nunca supiste leer mapas estelares.

Miras tu reflejo en el cristal, y desde ahí, tan cerca, te ves distorsionado sin reconocerte. Te fijas en que hay estrellas que viajan de una galaxia a otra, algunas van rápido, otras más despacio; unas centellean débilmente, otras son brillantes como el hielo en tu corazón. Este universo te desconcierta, el cielo debería estar siempre arriba. Y deberías dejar de hablar contigo mismo.

La náusea sube como una lombriz de acero por el esófago, se divide e irrumpe con furia en el cerebro. Deja un rastro agrio en el paladar. Te dan ganas de vomitar. No comprendes cómo los astros consiguen ir unos detrás de otros para mudarse en el infinito, quizás sigan también el concierto de tu lengua. Ya se sabe que las leyes del universo se repiten una y otra vez. El estómago se contrae como si miles de huevos de cucarachas eclosionaran en él. Quietas, niñas, quietas.

Despiértate, no eres más que otro Gregorio Samsa cualquiera.

Estás despierto, notas el cristal aplastado en tu cara, notas tus manos sudadas, presientes el vómito gestarse ahí abajo, entre dos galaxias menores. Las estrellas de arriba no se mueven. Las de abajo no dejan de viajar, van de un grupo a otro sin descanso. El doble cielo estrellado te está mareando. Cierras los ojos. Deseas abrirlos y que todo tenga sentido, saber quién eres y dónde estás, comprobar que estás entero y que llevas contigo todos tus recuerdos. Deseas volver a ver un solo cielo estrellado.

¡Escucha!, son pasos suaves, ligeros y cortos, pasos de mujer. Tacones en moqueta, eso sí que lo puedes asegurar. Se acercan silenciosos, como si no quisieran romper algún maleficio. Venid, venid aquí y rompedlo.

—Señor... Señor, despierte.

Sientes una mano en el hombro y una descarga se recrea en cada nervio hasta llegar a tus pies. Parece que eso te aclara la mente, la música ha desaparecido. Abres los ojos y ves a una mujer joven inclinada ante ti. Lleva un pañuelo blanco al cuello y una camisa... no, una chaqueta azul. Una plaquita de oro brilla en su pecho. Ángel

Azul sobre Cielo Estrellado, esperas leer en el rótulo de la obra, sin embargo sólo pone Martirio L. Newlord. Te sonríe, con un leve gesto de su pálido rostro te indica la ventana. Miras los cielos y le devuelves la mirada, no comprendes.

—Ya llegamos, debe ajustarse el cinturón y poner el asiento en posición vertical.

Como una fila de fichas de dominó que van cayendo unas tras otras, para terminar abriendo una caja que deja salir un payaso sonriente, así tus neuronas fue-ron saltando unas tras otras dejándote al final cara de tonto.

Y sonreíste a la mujer.

—Se ve bonita.

No comprendes y vuelves a arrugar la frente. Ella, el Ángel Azul, vuelve a girar graciosamente la cabeza y te aclara:

—Digo que la ciudad se ve bonita desde aquí arriba.

—Sí —asientes incrédulo por tu torpeza—, sí que se ve bonita la galaxia.

Abres los ojos con miedo. Junto a ti sientes la respiración pausada de un cuerpo. Está a tu espalda y notas el soplo suave en el cuello. Segunda vértebra cervical. Antes de girarte intenta aclarar dónde te encuentras. Recuerda...

Recuerdas la tristeza de aeropuerto, ese pellizco de despedida que siempre tienes en ellos. Pero no te ibas, llegabas. Recuerdas la noche oscura al salir a la calle, el inútil abrigo recostado en tus brazos, como un bebé asustado. El taxista con ojos de borrego dormido que gruñía de vez en cuando. Las estrellas que se cruzaban con vosotros por la autopista. Recuerdas el hotel, la recepción. El Ángel Azul.

Ahora puedes girarte, ahí está ella. No tiene el pañuelo al cuello pero es ella. La cara relajada, la boca cerrada, la espalda destensada. No te gustan las personas que duermen con la boca abierta, es como si quisieran decirte algo y te obligan a estar pendiente de ellas. Buscas con la mirada su ropa en la habitación, en la silla están su falda y su chaqueta. Allí está su nombre grabado en la chapita, ¿cuál era? Ojalá puedas recordarlo antes de que se despierte. Pero recuerdas su risa, como un trineo que se desliza por la nieve, y su voz azucarada de azafata dulce

—Me gusta más Auxiliar de vuelo, además es lo correcto.

Auxiliar de vuelo es lo correcto: su voz de azafata dulce vestida de azul, su sonrisa sincera, su mirada limpia de ojos... ¿claros?, cuando los abra recordarás el color. Se te acercó cuando estabas junto al mostrador de recepción.

—¡Hola! Ahora sí puedo tomarme esa copa, a no ser que el hotel vaya a despegar pronto—, un trineo por la nieve. Le debiste invitar a una copa cuando estabas bebido en el avión, esperas no haber sido grosero o pesado. Al menos ella estaba dispuesta a acompañarte al bar, debiste ser encantador. No te apetecía ir a ningún sitio, sólo querías dormir en una cama. Dormir cuarenta horas y recuperarte del jetlagdeloscojones. Pero la llevaste contigo para que Donald os sirviera varios vodkas

con zumo de naranja. ¿Cómo puedes recordar el nombre del dependiente del bar y no el de ella?

No sabes, quizás porque tenía nombre y voz de pato.

Debes estar realmente enfermo: olvidas el nombre de un ángel y te quedas tan tranquilo.

En el bar habló ella más que tú, te limitaste a asentir y a reírte de sus bromas. Tenías hambre pero no te atreviste a decirle nada y seguisteis bebiendo. Ella pedía destornilladores y tú sentías cómo iban aflojando los agarres de tu alma. Cuando quisiste darte cuenta te estaba besando-mordiéndote largamente. Le cogiste el culo. Ella notó tu erección porque el trineo llegó a nieve blanda. Subisteis a una habitación, no sabes si la tuya o la de ella. Te dejó hacer y tú intentaste leer su cuerpo en braille y descubriste dónde guardaba la risa, dónde los gemidos, dónde se le tensaba la espalda cómo un arco. Te abrazó con sus piernas y te ancló a ella con sus uñas. El vodka te tenía anestesiado, y aunque no lo puedes jurar, fue el polvo más largo de tu vida. Pero dulce y suave como una pluma que cae desde un piso cuarenta. Y el orgasmo fue un cigarrillo que se consume deshaciéndose en fina ceniza.

Luego os dormisteis satisfechos: tú eras un borrón en la blancura de la cama, ella un signo de interrogación a tu espalda. Mejor así, dormidos. Mejor duérmete otra vez, deja que tu cerebro se vaya asentando. Cierra los ojos.

Los minutos bailan en las sábanas como el polvo en un haz de luz. Sientes cómo tu cuerpo se va desprendiendo de partes esenciales que jamás deberían salir de ti. Te diluyes poco a poco. Tu sombra se engancha en el pelo rubio del Ángel Azul, cuando despierte se la pedirás. Quieres dormir pero no puedes. Siempre has sido un dormilón, jamás te levantaste antes de dormir nueve horas, sin embargo ¿qué ocurre ahora que el sueño te huye? Aprietas los puños, recuerdas la voz de tu madre y sonríes: cierra bien las manos para que el sueño no se te escape.

Te vas hundiendo en la cama líquida, oyes el batir de alas del Ángel Azul y sientes en tu frente su aliento reconfortante. Te dejas ir por el tobogán de tus pesadillas, ahí ves tus demonios pegados a las paredes deseando salir a tu encuentro, pero permanecen quietos. Pasas de largo, cierras los puños y sigues hundiéndote en confusas sombras. Caes y tienes conciencia de que caes. No te gusta la sensación pero te tranquiliza tener un ángel al lado, su risa de trineo en la nieve todo lo puede.

—Tienes los ojos azules: dos puntos de cobalto sobre nácar.

—Ya lo sé.

—Y mi sombra la llevas enredada en tu pelo. Me gustaría que te la quedaras de recuerdo.

—Hum. Esas frases tan bonitas, ¿son tuyas?

—A veces creo que me las van a quitar, otras que soy yo quien las roba.

—No importa. Cuando tenía quince años mi primo Anders me mandaba poemas. Veraneábamos en una pequeña isla en New Jersey, prácticamente deshabitada, eran veranos aburridísimos. Él iba a entrar en la universidad el curso siguiente y se daba aires de intelectual. Yo luego los recitaba lentamente delante de mis amigas y ellas suspiraban envidiosas. Tenía un pretendiente poeta que además era de la familia, era la chica más afortunada de aquel verano. Me paseaba por la playa rocosa suspirando y leyendo una y otra vez los poemas. Las gaviotas me gritaban que no hiciera caso, *quíá, quíá*, quejándose en raudas pasadas sobre mí, pero yo ya estaba enamorada. Cuando me acosté con él se acabaron los poemas. Después descubrí que los había copiado de un libro de grandes autores del diecinueve que tenía nuestra abuela en casa. Aun así fue hermoso mientras duró.

—Qué triste. Tus pezones son agujeros negros, no puedo dejar de mirarlos.

—A las cuatro tengo vuelo, ¿vas a estar mucho tiempo aquí?

—No creo. Pero estoy seguro de que volveremos a encontrarnos.

—Eso espero. Deja que vaya al baño y ahora vuelvo. ¿Me dirás más frases bonitas?

—Claro, pero no te quites las alas, Ángel Azul.

—Me gusta que me llames así. ¿Por qué lo haces?

Y el trineo se va deslizando por la nieve camino del cuarto de baño.

La habitación del hotel está llena de soledad. Como todas las habitaciones de todos los hoteles. Cuando llegas a un hotel es como romper una piñata: nunca sabes de qué sabor son los caramelos de la almohada, de qué color las hojas de carta, cual es el interruptor que apaga el aplique junto a la cama y evita tener que levantarse. Abrir la puerta del baño es descubrir el escaparate número tres: ¡Ha ganado un baño completo con hidromasaje! Miras con aprensión las normas de evacuación en caso de incendio. Te sorprendes con los precios de las habitaciones en temporada alta. Dos horas en que estás animado descubriendo lo mismo que hay en todos sitios, y después te asaltan todas las historias de llantos, despedidas, amores clandestinos, desamores inevitables, que han pasado por ella. Te sientas en la cama y te entran ganas de llorar, te abruman las soledades del alma que encierran las cortinas descoloridas, las sábanas gastadas, los muebles rayados.

Detrás de la ventana se presiente la ciudad llena de luz y vida. Se escucha una germanía que deseas comprender. Cada ciudad tiene sus códigos propios, sus voces y secretos. Todavía tienes confianza para descubrirla. No te vas a rendir tan pronto. Vas a poder. Intentas animarte sentado en la cama, y sólo tienes ganas de llorar y taparte la cabeza con una almohada, esconderte del Máximo Seis Meses.

Decides llamar al servicio de habitaciones, no te apetece bajar al restaurante.

—Service des chambres. Qu'est que vous voulez?

—Eh... esto... Excuse me...

—Sí, dígame, hablo español.

—Quisiera comer algo. ¿Qué me pueden mandar?

—Junto al teléfono tiene el nuestro menú. Por favor, vuelva a llamar cuando tenga decidido la orden. Gracias.

La voz varonil y oxidada arrastraba las erres desde el fondo de la garganta. Miras junto al teléfono pero no encuentras nada. Abres los cajones de la mesita de noche, primero el de arriba, no hay nada, ni siquiera la omnipresente Biblia. Luego el de abajo, hay una pistola.

Ahí, solitaria y fuera de lugar, brilla amenazante, desafiándote. Ni siquiera te asombra, te limitas a mirarla. El metal es cálido, de un brillo azul apagado, demasiado atrayente. Cierras de golpe el cajón. Ya no tienes hambre, se ha abierto un sumidero y te vas escapando en círculos como el agua, te va robando lo poco que queda de ti. Te sudan las manos y empiezan a temblarte los párpados. Sabes que vas a abrir de nuevo el cajón, vas a coger la pistola, la vas a acercar a tu boca (si disparas en la sien puedes fallar y dejarte tonto), sentirás el azul apagado resbalar por tus incisivos, tu lengua reconocerá la salida de la muerte, temblará nerviosa sin saber si quedarse allí o intentar escapar, forzarás la muñeca para poder mantener la pistola directamente en tu paladar, recrearás el recorrido de la bala, encogerás el dedo índice y habrá terminado tu huida.

Eres demasiado cobarde para matarte, en el último momento te echarías atrás, te daría demasiado pudor que encuentren tus pensamientos desparramados por la habitación, convertidos en obscenidades escritas en las paredes. Vuelves a abrir el cajón sabiendo que no puede tentarte más. No hay nada. Vacío como la muerte, como tu corazón. Tampoco te asombra ahora de que no esté ahí la pistola. Te vas acostumbrando a las burlas de tu mente. Vuelves a sentarte pesadamente en la cama. Debajo del teléfono ves sobresalir un trozo de papel.

—Service des chambres?

—¿Hola? Ya sé qué quiero comer.

—Dígame, señor.

—Un número cuatro, un doce y un veintidós, con pan y vino tinto.

—Ese es el Menu Royal.

—Vale, un menú Royal completo y tres cuartos de vino. ¿Vale?

—¿Qué número de la habitación?

—Un momento... —haces ruido: dejas el teléfono sobre la mesilla, das cinco pasos hasta la puerta, la abres, una pausa, la cierras, cinco pasos— ¿Sí?, la número 107.

—En cuarenta y cinco minutos tiene la su comida, señor.

—Gracias.

No tienes hambre pero quieres dar algo de normalidad a tu vida. Dentro de lo posible.

Hola Pollo,

El viaje ha sido largo y aburrido, pero ya estoy en Nueva Orleans, es tal y cómo siempre la imaginamos. Aún no la he recorrido entera, pero hay músicos de jazz en las calles, chicos negros bailan claqué por las esquinas y bellas criollas te sonríen desde las ventanas. Un aire dulzón y cálido te envuelve con sensualidad y es absurdo ir con prisas. Huele a música, como en Granada, y la literatura es algo real y tangible. Parece que es imposible no escribir ni hacer el amor. Ya te contaré mi encuentro con una azafata del vuelo que me trajo aquí. Y hablando de mujeres, si ves a Lina dile que no le guardo rencor, yo también me hubiera dejado, era una situación imposible.

Dale besos a mamá, os quiero mucho. No os preocupéis por mí, lo estoy pasando de miedo.

Yerai.

Te sientes mejor, has dormido casi seis horas de un tirón. Hace tres días que llegaste al hotel y aún no has salido, pero te encuentras muy animado y quizás cuando le envíes la carta a tu hermano no sea del todo mentira. Te ves paseando por la ciudad sonriendo a las prostitutas, visitando los cafés que frecuentó Truman Capote. No sabes cuáles son pero seguro que te los indican. Es como cuando llegas a Salzburgo y en cada esquina ves un lugar dónde Mozart hizo algo, pasa en todas las ciudades. Procuras hacer un recuento de los días que llevas viajando pero no puedes, se te nublan los recuerdos, la memoria se empeña en difuminar lo que vives. Tampoco importa tanto. Te acercas a la ventana, tu habitación da a un callejón de unos tres o cuatro metros, el edificio de enfrente es de ladrillo y no tiene ventanas. Te hace gracia pensar que podrías estar en cualquier lugar del mundo. En realidad no hay nada que te indique dónde estás realmente. Ni siquiera en el membrete del hotel que hay en el papel de cartas aparece la dirección. Piensas en un cachorro de perro perdido en medio de una carretera que mira en un sentido y en otro. En medio de cualquier parte, sin saber si ir a un lado o a otro. Piensas en un coche que se acerca con las luces intermitentes. Una voz dice: no Más de Seis Meses. El cachorro huye pero sabe que el coche le alcanzará. Sabe que es inútil salir de la carretera, que no vale la pena, pero corre con todas sus fuerzas. Desde el enladrillado de enfrente una salamanquesa te mira y te saca de tus pensamientos. Es imposible que te vea, pero te está mirando con sus alfileres negros. Sibila insolente. No tiene derecho a recordarte lo que no puedes

olvidar. Cierras la ventana con furia, te dan ganas de gritarle. Te pasas las manos por el pelo y te das cuenta de que está grasiento. Abres la ventana.

—¡YA LO SÉ, MALDITA!

Oyes tu voz un poco ronca por la falta de uso re-botar de una pared a otra, se pierde por el callejón y te dices: otra cosa que se escapa. No puedes evitar chasquear la lengua y encoger los hombros.

Te ordenas darte una ducha y afeitarte, pero antes abres el mini bar para beberte algo. No queda nada. Ahora sí que tienes que salir. Mientras te duchas piensas en el Ángel Azul, puede que vuelva a la ciudad. Te anima pensarlo. Te afeitas sin ver tu rostro en el espejo, sólo ves la mirada de un desconocido. Sin duda la podrás encontrar en el bar si está en el hotel. Te cortas un par de veces, junto a la nuez y bajo el labio inferior. Le preguntarás al camarero con voz de pato. Te vistes con camisa blanca y chaqueta, pasarás calor, pero prefieres ir arreglado cuando te vea de nuevo. Los zapatos están un poco sucios, los miras embobado unos instantes, no puedes apartar la vista. La memoria chirría.

Las rocas tenían una ligera capa de musgo y algas que te obligaban a andar con los brazos estirados como un funambulista. En una mano llevabas una bolsa y en la otra una navaja. La bolsa iba casi llena de lapas, suficientes para un guiso de arroz y una sartenada. Subía la marea y la luz se apagaba. Avanzabas lentamente feliz por la cosecha marina. Entonces la viste, una silueta envuelta en algodón blanco que saltaba de una roca a otra con pasmosa facilidad. El sol se ocultaba justo detrás de ella y la rodeaba de un áurea naranja. Llevaba el pelo suelto y caminaba descalza. Lejos para verle la cara, cerca para ignorarla. Un golpe de mar y viento te hizo perder el equilibrio y braceaste para recuperarlo. Resbalaste y sentiste mil agujas que se clavaron bajo la uña del dedo gordo del pie, la descarga eléctrica te recorrió de abajo hacia arriba hasta concentrarse en las sienes. Ese segundo se hizo excesivo. Miraste el dedo y comprobaste que se iba licuando en rojo sobre la roca traidora. El dolor fue tan agudo e intenso que no sabes qué pasó en los cinco minutos siguientes. La boca se te secó y un sudor frío te inundó. Cuando la memoria volvió a inmovilizar las imágenes y sensaciones, estabas sentado en la arena y una chica joven te hablaba suavemente. Te decía palabras tranquilizadoras, como si fueras un niño extraviado, te aprisionaba el dedo con sus manos pequeñas y espantaba el dolor con un suave soplo. Era una joven morena de pelo largo y liso que le caía hacia delante ocultando sus rasgos. Cuando giró la cabeza lanzando la melena hacia un lado descubriste la belleza racial que te sonreía.

Apenas tuviste el valor de preguntarle su nombre.

—Lina.

Y cientos de gaviotas empezaron a corear tu descubrimiento. ¡Lina, Lina, Lina!

Quisiste fijar aquel instante con cada detalle, inspiraste hondo llenando tus pulmones del aroma a mar, te recreaste en la coloración de su voz y dibujaste en tu pecho su rostro con delicadeza renacentista. Desde aquel día, un atardecer junto al mar te traía su voz arrulladora, su mirada de miel, la noche de su pelo. Volviste a verla cada día de aquel verano. Ella hablaba y tú la mirabas, ella trenzaba una nueva vida y tú la seguías.

La uña de tu dedo, la que os unió, nunca volvió a crecer pegada a la carne sino que se curvaba como una garra, una maldición que se repetía cada vez que te ponías zapatos nuevos.

Te quitas el zapato y compruebas que la amarillenta uña confirma tus recuerdos. Tienes ganas de llorar, el corazón parece que aún guarda algo de ti. No sabes si el llanto que no sale es de tristeza o alegría. Te vuelves a calzar y continúas moviéndote. Sales de la habitación y bajas al bar, tienes que fijarte en los carteles indicadores porque no recuerdas el camino.

El bar está en penumbras, una música de jazz se desliza por el suelo, sorteando sillas y mesas, como si no pudiera elevarse en el aire. Aún tienes ganas de llorar, lo sabes porque una opresión te ahoga, aunque sientes que tus ojos han perdido ya todas las lágrimas. Otra cosa que tu cuerpo ha extraviado. Detrás de la barra hay un camarero criollo. Lleva el pelo re peinado hacia atrás y unos mechones se rebelan en rizos brillantes. Tiene ojos grandes y boca de pato. Este es, te dices, éste es... Te acercas y le pides un whisky. Te lo sirve sin hielo —joder, nunca te acuerdas de pedir el whisky con rocas— comprobando la cantidad con un pequeño medidor.

—Lucas... Lucas, perdona...

—Donald, me llamo Donald, señor.

—Perdona Donald. ¿Recuerdas cuando estuve aquí la otra noche?

—Sí, se puso bien con el vodka —hizo con la mano como si tocara la trompeta—, ¿llegó sin problemas a la habitación?

—Sí, claro, ¿recuerdas a la chica que estuvo con-migo? Una azafata rubia vestida de azul y con un pañuelo blanco al cuello. Más o menos así de alta...

Pone cara rara, te dice algo pero no lo entiendes, entre su voz de pato y tu mal inglés te pierdes. Te da corte volver a preguntar, te bebes de golpe el whisky y pides otro, esta vez con rocas.

—Era guapa la chica, ¿eh?

—Mire, me cae simpático, pero no empiece otra vez con sus chicas, morenas o rubias, musas o azafatas —ladea la cabeza y te señala con el dedo—. No empiece otra vez.

Sientes un vértigo que te enciende la cara, las sienes se vuelven de plomo y se te seca la garganta. No puede ser, dices en voz baja. El hielo del vaso te dice que te vas

a emborrachar.

—Ángel Azul, ¿sabes que Donald el pato no se acuerda de ti?

—Me pasa siempre, tengo una cara insulsa, nadie me recuerda.

—Cuando alguien se muere en un avión, ¿adónde va?

—Aterrizamos lo antes posible y lo evacuamos.

—Evacuado: como la mierda.

La carta

A Sofía Passini, *Asraii*, por espantar demonios con un gesto
y escribir este cuento conmigo

Cuando el botones le trajo la carta no prestó atención, la dejó a un lado con un leve gesto de hastío y continuó deshaciendo la maleta. Fue más tarde, cuando el whisky en el sillón frente a la ciudad iluminada, cuando el cansancio tras la llamada a Lucía (estoy bien; no he conocido aún a los programadores; no, no he ido a las oficinas aún; sí, el hotel limpio y tranquilo; ya he cenado; yo a ti también, buenas noches), que se acordó del sobre y lo buscó en la mesa de noche. Venía sin nombre, sólo el número de habitación y en el remite un ya sabes quién enigmático. La miró ahora sí un poco intrigado porque sabía que él no era el destinatario, que había llegado tarde, quizás escrita al anterior inquilino, rasgó el sobre con la sensación de quebrar algún secreto, gato curioso de portera que intuye el cotilleo. La leyó entre sorbos de whisky y divertido, entre condescendiente y perverso: era una carta de amor sensiblera y simplona, llena de ideas pretenciosas y adjetivos ostentosos. Estuvo tentado a tirarla a la papelera, pero algo le detuvo. Estaba cansado y no quiso pensar en ese algo, en esa atadura que la letra torcida e infantil le producía. Buscó el refugio de la cama desconocida, blanca y cálida cama de hotel, con las sábanas remetidas y la colcha con algunas quemaduras de colillas como huellas de otras soledades. Durmió profundamente por el viaje, por el cambio horario, a pesar de la reunión de trabajo.

A la mañana siguiente se duchó y afeitó sin acordarse de la carta, del mensaje de amor despechado y el grito desconsolado de la mujer. Salió temprano y dejó el recado en recepción de que volvería tarde, por si recibía alguna llamada. Ni siquiera entonces se acordó de la carta equivocada. La reunión de negocios avanzó deprisa, resolvió problemas logísticos y recompuso una hoja de cálculo que se empeñaba en bloquearse. Almorzó con sus colegas entre chanzas a los jefes y lamentaciones por el hastío de sus puestos de trabajo. Se tomó un paracetamol y estuvo tentado a farlopear en el baño con el negro de contabilidad. La tarde se eternizó en las oficinas y al salir las calles empezaban a teñirse de malva. De camino al hotel cabeceó en el taxi, cogió el móvil y llamó a Lucía (un día agotador; ya voy al hotel; no, sólo quiero dormir; yo también, adiós). Poco después llegó cansado pero con la sensación del trabajo bien hecho, buscó la llave de su habitación y el recepcionista le sonrió cuando le tendió un sobre por encima del mostrador. Le pareció ver que le guiñaba un ojo cuando le dijo que esperaba respuesta, y esa extrañeza, ese romper la norma de la educación le hizo cogerlo sin chistar, meterlo en el bolsillo y subir. Ya sólo quedaba servirse un whisky, sentarse junto a la ventana, abrir la carta y a ver qué. Y otra vez las palabras llenas de

dolor, de rabia y perdón mezcladas caóticamente en el mismo estilo pomposo de la primera. Esta vez sintió cómo se enfadaba conforme iba leyendo, era como el profesor que escucha sonriendo al alumno que divaga perdido en ideas demasiado complicadas para él. Tenía ganas de decirle a la mujer que despertara, que no se puede ir por el mundo con la idea del amor verdadero, como si el hombre no fuera capaz de amar y herir a la vez. En su enfado se imaginó frente a la mujer despechada, amonestándole primero, luego sonriendo y calmándola, levantar la mano hasta su mejilla, pobrecilla, tan inocente, acariciar su pelo negro, trabar el mechón que le borra la frente en la oreja izquierda, ocultar la mano entre el hombro y el cuello que ella tuerce con una laxitud arrebatadora, pobrecilla, eres tan inocente, tan encantadora en tu ingenuidad, si pudiera abrazarte y reconfortarte, mantener tu cara hundida en mi pecho hasta que te calmes y recompongas tu maltrecha alma, así, deja que mis dedos naufraguen en el negro de tu pelo, que dibujen la curva de tu nuca, no llores, amor, no llores que me duele, no te apartes de mí, quédate un poco más tumbada a mi lado, sigamos durmiendo un poco.

Al despertar aún tenía la carta en la mano y el vaso se mantenía en equilibrio sobre el reposa brazos del sillón. En la ciudad era noche cerrada y lluvia y neón, y él tenía una sensación cercana al miedo, inasible pero no por ello menos verdadera. Desconcertado se sirvió otra copa que volcó en parte sobre la alfombra con un temblar de manos, volvió a sentarse junto a la ventana e intentó recomponer el sueño. No podía volver al rostro de la mujer, su imagen ya no estaba en su memoria, sin embargo su mano aún mantenía el recuerdo del tacto a seda, del calor de su cintura. Estaba turbado y confuso cuando volvió a la carta, a las cartas. No reconocía en ellas a la mujer del sueño, pero quién si no. La noche y el silencio le empujaban de nuevo a intentar recordar, pero no. Entonces otro whisky y a la cama, pensar en el trabajo y listo. Pero esa noche las sábanas no parecían tan cálidas ni tan acogedoras, le zamarreaban de un lado a otro en un oleaje de insomnio, y el guiño del recepcionista, y la carta, la ambulancia que ulula, los luminosos que se van apagando en la noche que todo lo abarca, y la mujer, y si ella no fuera tan inocente, y si en realidad fuera una máscara, los pasos discretos por la moqueta del pasillo, los susurros, las risas calladas a besos, la puerta que se cierra y el no molesten, pero ella no es sincera, qué diablos, ella es una mujer y no puede ser tan ingenua, está jugando, sí: es sólo un juego. Y en esos minutos infinitos antes del sueño, cuando cualquier idea es cierta, cuando todo lo que salta de cualquier lado es un pensamiento verdadero, la idea del juego se fijó como una verdad absoluta.

A la mañana siguiente sólo recordaba la idea del enredo, de que la carta había sido enviada como principio de un juego que él no reconocía pero que estaba dispuesto a jugar. Se fue al trabajo con la cabeza ya de lleno en la mujer y su carta, rindió poco y le llamaron la atención un par de veces entre miradas esquivas. En su

cabeza reinventaba las reglas del juego: la misma carta (o a veces diferentes) a habitaciones al azar, quizás eligiera a hombres solos, quizás ni siquiera era una mujer, pero sí, el pelo negro y la cintura cálida; llegó a la noche con una terrible migraña que no podía ahuyentar ni con whiskies ni con doble dosis de paracetamol. La llamada a Lucía, esta vez más corta aún (hola; estoy agotado, me voy a dormir; sí, yo también). Y el juego desconocido y cada vez más turbador complicándose en la cabeza. En la recepción no estaba el hombre que le había dado el sobre la noche anterior, tenía día libre, en su lugar una joven de ojos claros le tendió la llave y le dio las buenas noches, que descanse usted. Ya en la habitación decidió que no le respondería, qué iba a decirle acaso, no le escribiría ni siquiera para decirle que se había equivocado, que él no era él. Querida desconocida, me atrevo a escribirle a pesar de que no nos conocemos, no, usted me ha mandado unas cartas que no me corresponden, yo acabo de llegar a la ciudad por unas jornadas de trabajo. Probablemente antes que yo, la ciudad se presta al romance, el hotel es grande y conocido, tantos huéspedes, pero por alguna razón ahora soy yo quien las recibe. Tenga a bien perdonar que las haya leído y le ruego que no me guarde rencor. Y luego unas líneas de relleno, el papel en blanco que tanto duele, y al final una posdata llena de verdad: sería un placer poder intercambiar con usted unas palabras en la recepción del hotel. Terminó de escribirla y miró la cuartilla desconcertado e indeciso sin creer que él hubiera escrito aquello. ¿Sería capaz de entregarla en recepción (no era una pregunta, pero cómo escribirlo)? Se metió en la cama y, extrañamente, se durmió de inmediato y, más extraño aún, la noche sin sueños.

El café se pegaba al paladar como una lapa traviesa, y le costó un coñac echarlo abajo. Su respuesta descansaba en una cajetilla de la recepción, la joven de ojos claros la había colocado sin mostrar curiosidad, con un de acuerdo seco y cansado. Él había elegido un sillón del fondo, terciopelo rojo con flor de lys, y ordenado un café espeso y amargo que se le había pegado en el paladar como; pero eso ya está dicho. Había decidido vigilar la respuesta cuando al salir a la calle le asaltó un instante de terror, de vértigo ante la desgracia inmediata por la equivocación que iba a cometer si se iba del hotel, y decidió esperar hasta descubrir a la mujer, hola, no nos conocemos pero; o tal vez sólo la observaría. El pelo negro, la mirada novelera. No pensó que tuviera que estar todo el día, por eso ni se preocupó de llamar a la oficina, ya daría una excusa, y esperó llenando el reloj de whisky y hielo. Camuflando la espera detrás de algún diario cogido al azar, de algún cotilleo robado de otras esperas en el salón, sonreía aquí y allá como un turista cansado de sorprenderse en la ciudad y se regala un día de tiempo perdido. Las horas fueron pasando junto a él arrastrándose como orugas e incomprensiblemente la noche llegó encendiendo luces y cambiando sonidos. La mujer de ojos claros terminó su turno y cambió unas palabras con el hombre que tomaba el relevo. Era el mismo que le había entregado las cartas. ¿Y si él

supiera? Ordenó algo para comer, sí, aquí mismo si puede ser, gracias, cualquier cosa, un sándwich estará bien, gracias, y otro whisky, gracias; se parapetó en su puesto decidido a aguantar lo que hiciera falta. Se sentía resuelto a esperar una noche entera si fuera necesario.

El whisky poseía una capacidad increíble para reventarle la cabeza, hubo un momento en el que el adormecimiento propio del alcohol desapareció, y fue entonces como si un dinamitero testarudo bombeara con la manija, aún fue consciente por unos momentos de que ya no había vuelta atrás, y en un instante, bum, todo por el aire. La cabeza se le desarmó en fragmentos inconexos. Apenas si podía mantener en pie la idea del juego con la carta que le había llevado ahí. Le parecía todo tan ridículo, tan infantil. Suena el móvil y el timbre le perforó lentamente lo que antes era su cerebro. Era de la oficina, están preocupados por él, temen que un accidente; no, no ha pasado nada; sólo un contratiempo en el hotel; un asunto con una carta perdida; ya les explicaré mañana. Se quedaron un poco extrañados, seguro que por la voz fangosa y las consonantes trabadas. Otra vez suena el móvil: Lucía. Ahora no, no puedo hablar; un contratiempo en la oficina; ya te contaré mañana. Le habló torciendo la boca, como si el tufo ácido pudiera llegarle a ella. Apagó el teléfono, no más llamadas. Se recostó en el sillón y los ojos fueron cediendo, la idea de descubrir a la mujer se perdió en el envés de los párpados, y la resolución del cazador se difuminó en dos sonoros ronquidos. De aquel tiempo dormido no le quedó nada, ni sueños, ni siquiera los golpes vanos del reloj intentando delimitar el tiempo.

Aún era de noche cuando despertó. En el mostrador de recepción no había nadie. Con un regusto de resaca despegando de la boca se levantó con esfuerzo, decidido a subir a su habitación, renqueó hasta el ascensor. Tras la puerta de conserjería le llegaron unos gruñidos apagados, acompasados; se paró un instante y aguzó el oído: los estertores del sueño. Llegó como pudo al ascensor y pulsó el botón de planta. En ese momento cayó en la cuenta de que no se había fijado si la carta estaba aún en el casillero. Se sorprendió al descubrir que ya no le importaba. Llegó a su cama, blanca y cálida cama de hotel, y se acurrucó con la seguridad de que no soñaría con ella, ni con la carta, ni con nada.

De camino a la oficina decidió que regresaría a casa cuanto antes. Liquidaría todos los trámites importantes y, quizás con suerte, volvería con Lucía en dos días. Esa decisión le dio un poder extraño, una seguridad en el destino que le hacía concentrarse con facilidad en el trabajo. Sacó las cartas de su bolsillo y las hizo trizas. Se acabó. No podía concretarlo, pero el intermedio vivido con la carta, con la obsesión del juego inventado, con el recuerdo de la mujer soñada, todo se perfilaba como una sacudida, como si todo hubiera sido orquestado para centrarlo en su verdadera vida. Y Lucía, ella había asistido ignorante a todo, había soportado su infidelidad.

Durante ese día se limitó a ocupar en el mundo un volumen determinado que se desplazaba de un lado a otro. Como si fuera un político experimentado, iba desgranando excusas y justificaciones con una soltura endiablada. Al final del día había resuelto casi todo lo importante, sólo tenía que pasar un día más allí. Por la noche, la última en el hotel, llamó a Lucía para darle la noticia; hola; sí, estoy muy bien; ayer fue un mal día, no merece la pena contarlo; no, bueno sí, con el trabajo, los de la oficina son tan; como todos, sí; te echo de menos; no me pasa nada mujer, sólo te echo de menos; yo también te quiero; mañana dejaré el hotel temprano, iré a las oficinas y de allí saldré para casa; sí, hasta mañana por la noche; adiós.

¿Cuánto hacía que no le decía que la quería? No le había costado decirlo, pero se sentía extraño, como si las palabras hubieran recuperado su verdadero significado. Te quiero, dijo en voz baja, y una bola efervescente se deshizo en su pecho. Se sentía cerca de la euforia, y tenía la certeza de que si nombraba cualquier cosa, cualquier objeto, se materializaría ante él sólo por el poder del lenguaje. Decidió escribirle una carta a Lucía. Se sirvió una copa que no probó, y en un arrebato lúcido redactó una breve carta elocuente y sincera. Cuando terminó la relejó con detenimiento, saboreándola, asintiendo. Cogió un sobre con el membrete del hotel y la guardó doblada cuidadosamente. La dejó en la mesita de noche, se tomó el whisky, se desvistió y se metió en la cama, durmió tranquilo, sin sobresaltos, se despertó temprano y se aseó, recogió sus pertenencias en la maleta, abrió la puerta, y con la mano en el pomo dio un repaso con la mirada a la habitación, a la cama, la mesita de noche, sonrió y chasqueó la lengua, cerró la puerta y se preguntó fugazmente por qué habría dejado la carta al siguiente inquilino.

El culo de María

Toda historia tiene un principio, pero yo no soy capaz de saber dónde o cuándo empieza ésta. Lo que sí sé es que aquel culo nunca debió pasar por mi calle. Yo esperaba que ocurriera algo que me cambiara la vida. Mi experiencia me dice que hay que dejarse llevar, que siempre pasa algo, y aquel culo parecía ser la señal. Yo estaba fumando asomado a la ventana de mi apartamento, contemplando ensimismado el juego de luces que el sol hacía en el aire recién lavado. Veía colorines revoloteando por todas partes, un hermoso juego de corre-que-te-pillo. La yerba era de calidad y tenía un colocón decente. Entonces pasó ese culo justo delante de mí. Tuve que seguirlo, el bamboleo del trasero era una poesía llena de cadencia, de polifónicos murmurios. Nuevo ídolo elevado al altar por mi entrepiera. La yerba era buena, sí señor.

Salí disparado escaleras abajo y cuando llegué a la puerta ya la había perdido de vista, así que elegí un camino al azar al doblar la esquina y continué andando. Casi podía oír la melodía que su culo canturreaba llamándome. Como las sirenas de Ulises; o a lo peor era una ambulancia. Caminé unas cuantas calles medio embobado y entré en un bar a tomarme algo para despejarme. Pedí una ginebra. Pero con mucho hielo por eso del alcohol, hay que cuidarse. Me pareció ver cómo el culo se perdía por una puerta del fondo. El tipo que estaba detrás de la barra tenía la mirada de los perros abandonados. Siempre me dieron lástima los chuchos llenos de chinchorros y pulgas que tienen que mendigar de los mendigos. Torció la cabeza a un lado y me dijo:

—¿Vienes por el anuncio?

Yo no tenía ni idea de lo que hablaba. En una hiriente epifanía pensé que el culo era parte de la publicidad del local. Asentí intrigado.

—Pues eres el único que ha venido —no me lo podía creer, el rulé era magnífico—. Y llevo una semana esperando. Si lo quieres es tuyo.

Estuve a punto de saltar, fue como cuando pillas una mierda tan mala que te golpea el estómago a cada calada. Iba a preguntar si me lo podía quedar para siempre o sólo por un rato, cuando se giró y se alejó unos pasos. Me tiré la ginebra al pescuezo con hielo y todo. Joder, casi me ahogo. Después dicen que el alcohol mata, ¿y qué me dicen del hielo? El tipo volvió con la botella en la mano y se paró, hizo un signo de interrogación con la mano libre y levantó una ceja.

—¿Y?

—¿Y?

—¿Lo quieres?

—Lo quiero.

Me echó un chorreón generoso y cuando me iba a poner el hielo lo paré con un

gesto. Así fue como empecé a trabajar de camarero.

Trabajar con Beni no era tan malo, quiero decir que a pesar de ser un trabajo, que por definición es algo antinatural que corrompe el espíritu y la dignidad, aquello no estaba tan mal. Tenía todo el pirriague que quisiera para mí y tan sólo nos frecuentaban diez o doce clientes al día. No había mucho que hacer y Beni no era lo que se dice un obsesionado por la limpieza. Había oído por ahí que cualquiera vale para camarero, y joder, era verdad. Yo llegaba sobre las cuatro de la tarde porque él tenía que irse a no sé dónde. Me quedaba solo sentado en un taburete con un trapo en la mano, dejando pasar el tiempo. Si venía alguien, saltaba como si fuera a hacer algo, pero era sólo un gesto.

La mujer de Beni resultó ser una chica joven de escándalo, con unas tetas enormes y levantadas y un culo respingón y duro como una piedra. María. Aún me pregunto si el culo del anuncio era el suyo. Lo malo que tenía era la cara, Beni decía que en el carné llevaba una ecografía en colores. Pero yo no le miraba la cara y ya está. A ella le gustaba remolonear detrás de la barra cuando yo llegaba. Me refregaba el culo con malicia, o aprovechaba para rellenar los botelleros y se colocaba en pompa. Yo me ponía como un burro jacarandoso y más de una vez en la primera semana estuve a punto de darle un puntazo por detrás. Ella me miraba de reojo y me pedía más botellas.

—¿Me pasas más botellas, niño?

Era sólo cinco años mayor que yo y me llamaba niño. A veces, cuando se iban a no sé dónde y me quedaba solo, tenía que pegarme un par de whiskis para que se me pasara el calentón. Después les contaba chistes a los que venían, y así me invitaban a alguna copilla. Es que yo velaba por el negocio del Beni, me daba lástima por su mirada de chucho. Yo me hartaba de beber y la caja crecía. Cuando volvía por la noche, me miraba un poco mosca porque me reía como un estúpido con la borrachera, pero echaba un vistazo a la caja y luego me daba un tortazo en la espalda y me invitaba a lo que yo quisiera.

—¿Qué te pongo, niño? —me decía María, y yo le decía que un chupito de cualquier cosa, pero que no mucho, que después no me funcionaba el chirimbolo. Ella se reía y me decía que no sería para tanto, y las tetas se balanceaban entre sus risas, y derramaba el whisky por la barra.

—No tires el beneficio, María.

Y las esferas se paraban y fruncía la frente, o eso me imaginaba yo, porque lo que se dice a la cara no la miraba.

Una de esas noches, Beni no vino. María llegó acalorada y riéndose mucho, no me dijo por qué venía sola ni yo se lo pregunté. Antes de hacer la caja chapamos el bar, ella apagó todas las luces menos las de la barra, y yo nos serví unas copas.

—No bebas mucho que después no te funciona.

—No sé si habré llegado al límite —le miré con fijeza el culo—, creo que no, aún puedo con unas cuantas.

Ella se rió y vino hacia mí. Así fue como empecé a tirarme a la mujer de Beni.

Menos mal que Beni dejó de venir por las noches, no sé qué le diría María. Yo cruzaba cuatro palabras con él por las tardes evitando mirarle los ojos de perro callejero. Me sentía como si le robara la comida a un cachorro, a un joven cérvido de mirada inocente. Incluso me pareció oír un quejido ronco cada vez que pasaba junto a mí. Pero a la hora de cierre, cuando le estaba echando un polvo a su mujer, no me acordaba del sentimiento de culpa. Por regla general, me la tiraba poniéndola a cuatro patas, así sorteaba el inconveniente de verle la cara. Cuando ella se empeñaba en ponerse sobre mí me concentraba en el tetamen y listo. Qué culo tenía la tía, qué culo.

Me ha dicho el compadre que todo relato necesita de un interludio, alguna reflexión sobre el tema, algo que distraiga al lector para que no se aburra con la historia principal. Yo ni siquiera sé cómo voy a seguir, así que ya me diréis. Si os aburrís, este es un buen momento para dejar de leer.

El compadre era uno de los clientes del bar. Ojeroso, narigudo y culigacho: un bohemio. No trabajaba desde hacía años y nadie sabía decirme de dónde sacaba los cuartos, pero el caso es que siempre tenía para tomarse unos tintos e invitar a algún parroquiano. Me caía ni fu ni fa, como todos los demás. Yo le daba carrete porque le sacaba unas metáforas muy buenas al culo de María. Después yo se las decía a ella y se ponía como una mil cien. Cuando el compadre venía poeta, ya sabía yo que esa noche había cohetes. Recuerdo como si fuera ayer una de esas noches.

Por la tarde, antes de entrar a trabajar, me había topado con una antigua novia y le había tirado los tejos, pero como iba con un panoli del brazo casi tuve que ponerme a hostias. Cada vez que me peleo me pongo cachondo, así que esa tarde la pasé anticipando el momento de coger a María por detrás. La charla con el compadre no había hecho sino aumentar la calentura. María llegó con mala cara, quiero decir que llegó enferma, la mala cara era algo ingénito. Cuando chapamos y me acerqué a sobarle el culamen me dijo que nanai, que esa noche no podía ser, que tenía que esperar cuatro o cinco días.

—Lo comprendo, dulce panal de mil flores.

Empecé suavito, con la artillería ligera. Le di un dócil beso en el cuello y ella ronroneó. Se quedó quieta como pidiendo más zalamerías. Mi lengua le dibujó un

círculo de saliva en la nuca y me retiré suspirando.

—¡Ay Dios!

—Ni se te ocurra mentar al Granpoder, desgraciado.

—No es ese Dios ante el que me inclino, sino éste —y le di un sobeo despacito en la espalda y su finisterre. Ella se rió, le gustaba cuando le hablaba, siempre me decía que sólo quería lo que quería: meterla en caliente. Empezó a contar el dinero, pero esperaba que siguiera dorándole el oído. Seguí susurrándole lindezas sin llegar a tocarla, pero manteniéndome muy cerca. Utilizaba los inspirados versos del compadre: tu dorado tabalario, el tambor de mis deseos, exquisitas culatas de alabastro, y otras ocurrencias menos poéticas pero quizás más oportunas de mi propio cuño. En un momento dado presintió la dureza que tenía a unos centímetros detrás, así que lanzó una mano y me la cogió.

—¡Qué barbaridad! Qué desperdicio, niño.

—Qué le voy a hacer, tendré que aguantarme, daré una vuelta después a ver si pillo algún revolcón...

No falló. Nunca le digáis a una rijosa si de esta verga no has de beber, déjala correr. Se agachó, me desabrochó y me hizo una limpieza de primera. La primera de varias puestas a punto con garantía oficial. Fue lo mejor que me pudo pasar; una vez catado el percebe, la gourmet vuelve a él con asiduidad.

Toda historia tiene un final, pero a ésta aún le queda un rato. Así que tranquilos.

Pasaron varios meses de esta guisa: mañanas durmiendo hasta las tantas, tardes libando alcohol con fruición y picando billete con María cada noche a la hora de salir. Empezaba a aburrirme de la rutina. Sí, ya sé que no me creéis. Vivía en un chollo, pero era aburrido. Trabajaba poco, bebía lo que quería y tenía un polvo casi cada noche sin ningún compromiso. Encima me pagaban a fin de mes. Pero qué puedo decir en mi favor, me aburría y empezaba a resultar tedioso hacerlo con la misma mujer siempre. Nació la curiosidad y empecé a hacer preguntas. Quise saber adónde iban Beni y María por las tardes, por qué él no volvía por las noches, surgió incluso la comezón de saber quién era mejor amante con María. Las pesquisas comenzaron por lo último, que me parecía evidentemente lo más importante.

—María, chiquilla —le pregunté una noche mientras le miraba la grupa—, ¿te lo hace Beni mejor que yo?

Ahora me recrimino el haber preguntado. Di por hecho que si lo hacía conmigo era por algo. Además Beni, con esa carita de perro desamparado, no parecía ser muy fogoso.

—Beni es un toro —me dijo entre sacudidas, acomodando las sílabas a mis empujes—, por eso trabaja tanto en el club. Cuando vuelve a casa no se le levanta, y eso que lo intento de todas las maneras. Hace meses que ná de ná.

Fue escuchar eso y venirse abajo. Me refiero a mi ego de amante, que lo otro siguió en lo suyo. Así que Beni trabajaba en un club.

—¿De qué va eso del club?

—Calla y no me distraigas, garañón.

—Venga, chiquilla... —le di un pescozón en la nalga.

—Como de putas, pero con hombres. No se lo digas a nadie, ¿eh?

—Pues claro que no —no me lo esperaba, lo juro, pero mientras el toro siguiera pluriempleado, yo pensaba seguir en labores de tauromaquia doméstica. Me eché medio vaso de whisky y me lo tragué sin llegar a sacarla. Aquel gesto lo veo ahora como una declaración de principios, pero entonces sólo quería volver a aturdirme para no imaginar a Beni hecho un Priapo y vendiendo sus servicios de toro semental.

Esa noche apenas si dormí. Había algo en mi cabeza que no me dejó tranquilo ni un momento. Cansado de dar vueltas en la cama, decidí levantarme y echarme a gañote un par de whiskis. Puse la tele y estaban echando un televenta de esos de gimnasia sin moverse. Pierda cuatro tallas en dos semanas mientras merienda chocolate con churros. Me quedé enganchado, y si hubiera tenido un teléfono a mano hubiera comprado uno. Pero como lo que tenía a mano era la botella de Juanito el Caminante, acabé en la centrifugadora de mi cuarto.

Me desperté medio colgado de la cama, con la nariz a un palmo de mis zapatos, por eso creo que vomité. Me dolía la cabeza y levantarme me costó un gran esfuerzo. Una cucaracha salió de los restos de la pizza del día anterior. Cabrona, tendría que pedir otra. Se acercó zigzagueante trazando una interrogación con sus pasos. Qué te crees, le espeté. Siguió preguntando con una insolencia insospechada para ser un bicho tan minúsculo. Le sonreí conciliador. Se acercó curiosa. Plaf, y se acabaron las preguntas. Un manchurrón viscoso era la exclamación. Qué te crees, repetí, y me olvidé de ella. Me lavé la cara, fregué el suelo arrugando la nariz y me fui al bar de Beni con la certeza de que llegaba tarde. La caminata debía despejarme, pero lo que hizo fue agotarme.

Llegué sudoroso y temblón.

—¿Quién se ha muerto? —preguntó Beni desde la barra haciéndole un gesto con la cabeza al compadre. Miró el reloj de pulsera (imitación de la buena, cien duros, barato, niño, barato), y lanzó un silbido largo y torturador—. Hoy te has caído de la cama, ¿eh?

—¿Qué hora es?

—Las dos y media.

—Hostia puta... Invítame a una copita.

—Tengo rabo de toro, ¿te doy un poco y así te metes algo caliente en el cuerpo?

Si hubiera estado más despejado le hubiera contestado como merecía. Los

instantes de retraso me dejaron darme cuenta de que no hablaba con segundas. Efectivamente, había hecho un guiso de rabo de toro que impregnaba agradablemente el local. Acepté refunfuñando. El muy hijoputa me dio una cerveza sin alcohol. La alquimia de las ollas parecía que me devolvía la memoria. Con el estómago lleno y bajando el nivel etílico de la sangre, las neuronas fueron crujendo y volviendo a su sitio. En un descuido en el que Beni se fue a cagar, le dije en voz baja al compadre:

— ¿Sabías que Beni se prostituye?

Me miró de reajo levantando una ceja despeinada, de la nariz se le escapaban varios pelos largos como ganchos. Me pareció que sonreía.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿El Beni chaperó? —un ronquido se disfrazó de risa—. Estás desvariando, niño, que el Beni es macho.

—No, hombre, se prostituye con mujeres. Le pagan por tirárselas. Dicen que es un toro en la cama.

—¿Al Beni le pagan por acostarse con mujeres? —abrió tanto la boca que pensé que iban a salir huyendo las caries. Asentí lentamente, en un momento la cara le mutó en una máscara de pícaro. Creí que le iban a crecer cuernos y todo—. Hay que joderse. ¿Y cómo te has enterado?

—Tengo mis fuentes, compadre, no creerás que te lo voy a decir.

—Ya. Te lo ha dicho la María mientras... —movió el puño de un lado a otro y guiñó un ojo sabedor.

—Tyst. Ahí está Beni —el susodicho venía dándole tironazos a los pantalones, como si soportaran un enorme peso, incapaz de acomodar el regalo de Dios. Ni el compadre ni yo pudimos desviar la mirada de su entrepierna. El compadre reanudó su risita cascada.

—Hay que joderse.

—Ya te digo.

—¿De qué estáis hablando?

—De toros.

—De toros sementales.

Y reímos. Bueno, Beni no se reía.

Después de la revelación, pensé que ensartar a María me iba a costar un enorme esfuerzo. Era ponerla en posición y ver la promesa de la entrepierna de Beni. Me resultaba inaguantable imaginármelo empujando como un Dios sexual. Me lo representaba con un badajo enorme, riéndose mientras diosas de revista le ofrecían dinero. El truco para no bloquearme, estuvo en dejar de pensar y dejar el control al de abajo. Así que me quedé como estaba, viéndolas venir. Hasta que, de repente, todo se acabó.

María empezó a darme largas por las noches, daba saltitos como si tuviera

chinchetas en los zapatos y se reía sola. No consintió en volver a ponerse a cuatro patas ni a limpiarme el sable. Era como si toda la lujuria se le hubiera agotado de golpe. Todos mis esfuerzos eran como soplar en un globo pinchado. A la quinta noche o así, volvió Beni a cerrar el bar. Me miraba con ganas de darme un cogotazo o como si quisiera averiguar el color de mis tripas. Cuando María se le acercaba se reían por lo bajini, cuchicheaban mirándome de vez en cuando, yo comprobaba si tenía la bragueta abierta, pero no era eso. Pensé que Beni se había enterado, por fin, de que me beneficiaba a su mujer. Empecé a buscar excusas para salir antes y quitarme de en medio. Quería dejar el bar, pero antes le quería echar un polvo de despedida. Por las tardes se lo contaba al compadre y él se rascaba la barbilla mal afeitada y decía: ¿qué carajo pasa? Aquí hay un misterio, niño.

Una tarde el compadre estaba muy serio cuando llegué, pero en cuanto nos quedamos solos le cambió la cara. Me llamó en petícomité, como él decía, aunque no hiciera falta porque nadie podía oírnos.

—¿Qué, le echaste ya el polvo de despedida?

—Qué va, y es una lástima porque ese culo es para donarlo a la ciencia.

—Sí, es verdad, y la cara a la ciencia ficción. Anda, ponme un tinto que te voy a explicar unas cosas.

Más lento de lo habitual, logré rellenarle el vaso.

—He estado averiguando —se tocó la punta de la nariz con el índice—. Escucha, niño, que te digo el Evangelio: el Beni al salir de aquí no se iba a ningún club —hizo una pausa teatral, pero sobreactuada, de culebrón—, se iba: —otra pausa— a su casa.

Se me levantó una ceja. Un gesto de jugador para esconder que no tenía ni pajolera idea de lo que significaba aquello. El compadre se dio cuenta y chasqueó la lengua.

—En ocasiones eres demasiado cortito, con lo espabilado que pareces. El Beni no se prostituye, no es un toro, y mucho menos semental. He oído que llevaban tres años detrás de un crío.

—¿De cuál?

—¡Joder, niño, pareces tonto! Querían quedarse preñados.

—¿Los dos?

—¡La hostia p...! No me vaciles que te meto...

—Vale, compadre, tranquilo. A ver si lo pilló: María me engañó al decirme que Beni era un fiero, es más, puede ser que la fuente la tenga más bien seca —asintió—. ¿Y?

—Varios años detrás de un niño —levantaba dedos—; llegas tú y María se te abre de piernas; unos meses de perforaciones y de pronto, se cierra la mina... ¿Ya te vas dando cuenta?

—Más bien... No.

El compadre resopló como si estuviera enseñando derivadas a un chimpancé. Se tragó el vino de golpe y me hizo señas de que le echara otro. Aprovechó el intermedio para explorar con el dedo las entrañas de su nariz. Pareció satisfecho con el fruto de la expedición y continuó ilustrándome.

—Dos más dos son cuatro, niño —levantó un dedo de cada mano como si me mostrara alguna evidencia. Entonces, cuando iba a hablar, Beni y María entraron por la puerta y nos interrumpieron. El compadre refunfuñó y volvió a su actitud seria de antes.

—Quita de ahí, niño —dijo Beni cuando entró en la barra a por dinero. María se quedó junto al quicio, balanceando el peso de una pierna a otra, mostrándome a contraluz el camino del placer. No distinguía si sonreía, pero la vi acariciándose la barriga. Entonces, como el niño que comprende el secreto de las matemáticas por primera vez, sumé dos más dos y me temblaron las piernas. Miré al compadre. Me guiñó un ojo mientras asentía serio. Beni salió de la barra y se fueron. Un sudor frío me inmovilizaba.

—¿Ya te vas dando cuenta?

—Joder...

—Esto es para escribirlo.

El compadre dijo que era para escribirlo. Yo no sé de esto, pero me puse. Y ya está.